

PRINCESAS EN CAMINO

María de los Ángeles Pérez Samper

Universidad de Barcelona

Resumen: Los desplazamientos de las princesas que atravesaban fronteras –políticas y culturales– y recorrían largas distancias para contraer matrimonios con príncipes de otras dinastías constituyen un capítulo destacado en la historia de los viajes en la Edad Moderna. Hijas de reyes, debían convertirse en esposas de reyes, reinas y madres de reyes, contribuyendo así a la pervivencia del sistema de poder monárquico. Por ello, su viaje, era a la vez que un viaje exterior, de gran importancia política, diplomática y propagandística, un proceso de transformación interior que suponía cubrir importantes distancias vitales. En este artículo se analizan, a partir de correspondencia, informes diplomáticos y relaciones de festejos, los distintos aspectos de un buen número de viajes de princesas procedentes de otros países, especialmente del Sacro Imperio, de Portugal, de Francia, de Italia, que vinieron a España para casarse con el rey o con el príncipe heredero, y de Infantas de España que marcharon a otros territorios, entre finales del siglo xv y el xviii.

Palabras clave: viajes, princesas, diplomacia, monarquía, propaganda, política dinástica, cambios vitales.

Abstract: The journeys undertaken by princesses who crossed cultural and political frontiers and covered long distances in order to marry princes from other dynasties are an important part of the history of early modern travel. Born as daughters to kings and queens, they were to become kings' wives, consorts and mothers of kings, thus contributing to the reproduction of the monarchic system of power. For this reason, their travels were both an external journey, of utmost political, diplomatic and propagandistic significance, and an internal travel which implied for them undergoing important personal changes. This essay uses correspondence, diplomatic reports and other sources in order to analyze a large number of journeys experienced by princesses of the late fifteenth to the eighteenth centuries who came from different countries (particularly the Habsburg Empire, Portugal, France and Italy) in order to marry a Spanish king or heir, or Spanish princesses who travelled to other territories in the same period.

Key words: travels, princesses, diplomacy, monarchy, propaganda, dynastic politics, life changes.

EL INICIO DEL VIAJE

VIAJES extraordinarios, por muchos motivos, eran los de las princesas que recorrieron Europa durante toda la edad moderna. Miembros de esa red de Casas Reales que gobernaban los diversos territorios europeos, eran piezas

clave del mantenimiento de esa red. Hijas de reyes, debían convertirse en esposas de reyes, para ser reinas y madres de reyes, contribuyendo así a la pervivencia del sistema de poder monárquico, que se basaba en la familia, en la dinastía, en la continuidad. Los viajes de estas princesas, realizados para casarse con varones de otras familias soberanas eran viajes necesarios, con una finalidad muy determinada y con características muy especiales, comenzando por ser viajes de mujeres, mujeres del más alto rango, con todo lo que ello suponía a la hora de organizar y realizar el viaje. Jóvenes princesas, algunas todavía niñas, emprendían largos viajes, para contraer matrimonio, para irse a vivir y a reinar en otro país, para siempre.

Eran viajes de ida, generalmente sin retorno. Ello implicaba algo muy especial tanto para la princesa que partía, como para los familiares y personas queridas que dejaba atrás. En el comienzo del viaje, la despedida cobraba una importancia capital, marcando un momento decisivo, como puede observarse en muchos de los relatos y las cartas.

El matrimonio de la infanta Catalina Micaela, hija menor de Felipe II, con el duque Carlos Manuel de Saboya, fue un episodio muy celebrado a finales del siglo XVI. Las implicaciones políticas, diplomáticas y culturales de la boda fueron muchas y la presencia de la infanta española en la corte de Turín tuvo una gran proyección.¹ Una veintena de relaciones se hicieron eco del acontecimiento. Algunas describen la jornada nupcial en España al completo, con la salida de la familia real de Madrid y la llegada del duque a Barcelona en enero de 1585, el encuentro de unos y otros en Zaragoza, la ciudad elegida para la celebración de la boda, y las fiestas conmemorativas realizadas en este lugar y también en Barcelona, donde a mediados de junio, embarcaron los recién casados con destino a Saboya.²

Los Duques de Saboya se embarcaron en las galeras de Juan Andrea Doria, para ir a Italia. La despedida de su padre y de su hermana tuvo lugar el 13 de junio. Una carta de Felipe II a su hija, fechada en Barcelona, el 14 de junio de 1585, muestra los sentimientos paternos por la separación: “Por la mucha soledad con que me dejáis y mucho cuidado de saber cómo os ha

¹ María José del Río Barredo, “De Madrid a Turín: el ceremonial de las reinas españolas en la corte ducal de Catalina Micaela de Saboya” en *Cuadernos de Historia Moderna*, 2003, Anejo II, pp. 97-122.

² *Relación del capitán Angelo Corazino, de la partida de su Majestad de Madrid a Zaragoza y de las fiestas hechas por el casamiento del Serenísimo Duque de Saboya con la Serenísima Infanta Doña Catalina de Austria, traducida de italiano en castellano con algunas cosas añadidas*, editada con el texto italiano por C. Malfatti, Barcelona, 1968. E. Cock, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, ed. A. Morel-Fatio y A. Rodríguez Villa, Madrid, 1876, pp. 45-145. “Relación de la entrada que S.M. hizo en la ciudad de Zaragoza por el mes de febrero y la entrada y matrimonio que se hizo entre el Duque de Saboya y la Infanta doña Catalina, hija del rey D. Felipe por el año de 1585”, Biblioteca Nacional de Madrid, Mss. 1761, fs. 174v-179r.

ido después que os embarcais y también al Duque, despacho este correo con esta carta que espero os hallará en Rosas. Si así fuere y pudieris, escribidme con él cómo vais y lo que más hubiere, pues es el mayor contento que puedo tener saber muy buenas nuevas vuestras”.³ Otra carta, fechada en Martorell el 18 de junio de 1585 añadía: “... las cartas que van aquí porque veáis que no nos descuidamos de escribiros y la soledad con que quedamos de vos y la misma tenemos ahora”.⁴ “La torre [de Llobregat] donde estuvimos no se podía ver desde la mar ni de ella la mar, pero desde el Monasterio de la Murta, donde estuvimos sábado a las vísperas, se veía mucha mar, mas ya no estabais en el golfo”.⁵

La parte final del viaje de Catalina Micaela, ya en territorio del Ducado de Saboya, fue objeto de otras relaciones, en las que destacaron las recepciones urbanas y los espectáculos festivos con que fueron agasajados desde el desembarco en Niza y hasta la llegada a Turín.⁶ La infanta nunca más volvería a ver ni a su padre ni a su hermana, las dos personas a las que más unida había estado en su juventud. Desde entonces fueron las cartas las encargadas de mantener el vínculo familiar.⁷

En otros casos la despedida se demoraba, pues transcurría un tiempo largo entre la boda y la partida. En 1764 se celebró el matrimonio de la infanta María Luisa con el archiduque Pedro Leopoldo de Habsburgo-Lorena, hijo de María Teresa de Austria y del emperador Francisco I. La boda tuvo lugar el 16 de febrero de ese año 1764, pero la marcha de la infanta archiduquesa se aplazó hasta junio de 1765, en que se despidió de su familia en el real sitio de Aranjuez y dejó la corte española, camino de Cartagena, desde donde se embarcaría en dirección a su nuevo país. La *Gaceta de Madrid* daba la noticia de la despedida y de la marcha:

En consecuencia de haber resuelto el rey que la señora infanta doña María Luisa emprendiese su viaje el día 14 del corriente de madrugada, quiso su majestad que la noche antes se despidiese su alteza de toda la familia real, para que pudiese recogerse sin este cuidado, y que después no ocurriese el menor motivo de detención. Así lo ejecutó su alteza, manifestando en aquel tierno lance lo mucho que sentía separarse de unas personas a quienes respetaba y amaba tan de veras; pero no fue menor la pena que por su parte mostraron sus majestades y altezas. El día siguiente, a las 5 de la mañana, tomó el coche la señora infanta archiduquesa, y salió de Aranjuez, seguida de la real casa y comitiva que le estaba destinada.

³ Fernando Bouza, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, Akal, 1998, p. 115.

⁴ *Ibidem*, p. 116.

⁵ *Ibidem*, p. 117.

⁶ F. Varallo, *Da Nizza a Torino. I festeggiamenti per il matrimonio di Carlo Emanuele I e Caterina d'Austria*, Turín, 1992, pp. 28-29.

⁷ André Mansau, Université de Toulouse II le Mirail: “Epistolario de la duquesa de Saboya, la infanta Catalina Micaela, hija de Felipe II” en *AIH. Actas XII* (1995), pp. 59-64.

La gran mayoría de las infantas dejaban España para siempre, se separaban de su familia y de sus amigos y conocidos. El suyo era un adiós definitivo y ellas lo sabían muy bien. Durante años la relación familiar se reduciría sólo a cartas y noticias. En el siglo XVI volvieron varias infantas a España, por iniciativa propia y porque el Emperador Carlos V las reclamó para confiarles encargos de gobierno, entre ellas dos de sus hermanas, Leonor y María, y sus dos hijas, María y Juana. Posteriormente las cosas cambiaron. En los siglos XVII y XVIII la posibilidad de volver, sobre todo de volver para quedarse, era muy remota. Regresar de visita fue algo muy deseado que logró María Ana Victoria, reina de Portugal, ya viuda, para ver a su hermano Carlos III.

El viaje de las princesas era a la vez un viaje exterior y un viaje interior, un proceso de transformación, una metamorfosis. Un viaje que no solo consistía en recorrer una distancia física, sino algo mucho más complejo, suponía cubrir importantes distancias vitales. En sus viajes, las princesas pasaban de niñas a mujeres, a esposas, a reinas. Cuando llegaban a su destino, no era sólo llegar al final del trayecto, sino alcanzar la meta de su vida.

En los viajes de las princesas no se trazaban siempre los recorridos más simples y directos, los viajes eran con frecuencia más complicados, los suyos eran itinerarios políticos y dinásticos. Las princesas se hallaban al servicio de la Corona también en sus viajes, por lo que sus caminos respondían a la lógica del poder y a los intereses de la Monarquía. Los viajes más frecuentes y característicos eran los viajes para contraer matrimonio, pero las bodas reales se realizaban en la época moderna siempre por razón de Estado, por lo que los viajes participaban de esa misma razón y eran, por tanto, viajes por motivos políticos, diplomáticos y dinásticos.

Eran viajes que seguían itinerarios a veces complicados. No siempre se hacían por los caminos más cortos. En muchas ocasiones estaban condicionados por la política. Atravesando tierras propias y tierras extranjeras, preferían siempre pasar por territorios propios o por países amigos, evitando países enemigos o poco seguros.

En el caso de Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, el camino que la llevaba de Parma a España, de su país de origen a su nuevo reino, era el camino de Isabel hacia la realeza. Sería un camino largo, de tres meses, lleno de gratas novedades y también de peligros, un camino que ella recorrería con decisión, asumiendo paso a paso todas las ventajas y todas las cargas de la realeza. Su metamorfosis, su transformación de princesa en reina, en el que ella demostraría su voluntad de protagonizar su propia vida.

EL VIAJE COMO AVENTURA

Los viajes de las princesas eran viajes muy organizados y con muchos medios. Viajaban acompañadas de una gran comitiva, con muchos caballe-

ros y con muchas tropas de guardia. Las princesas viajaban muy protegidas. Pero siempre existían riesgos. Los suyos fueron viajes largos y con frecuencia complicados, por razones muy diversas, previstas e imprevistas. Los viajes eran por tierra y por mar. La geografía y el clima eran retos permanentes para todos los viajeros, también para las princesas. En los viajes por tierra había que afrontar pasos de montaña difíciles, atravesar ríos, a veces crecidos y peligrosos. El sol, la lluvia, la nieve, la niebla, los vientos podían complicar todavía más el trayecto. Los viajes por mar, con el riesgo de tormentas y naufragios, y con mareos difíciles de evitar, eran igualmente peligrosos. Los desplazamientos no siempre se realizaban en la mejor época del año. Mucho calor y polvo en verano, frío y nieve en invierno, muchas lluvias en ciertos meses, según las regiones. Surgieron problemas e imprevistos a los que hubo que hacer frente.

Un buen ejemplo de los problemas de la navegación fue el viaje de la infanta Juana a los Países Bajos en 1496. Los Reyes Católicos desde el año 1490 intentaron concertar el matrimonio de la infanta Juana y el príncipe Juan con Felipe y Margarita, hijos del futuro emperador Maximiliano I con la intención de aislar políticamente a Francia, aunque no tuvieron éxito hasta finales del año 1494. Los primeros acuerdos para llevar a cabo el doble matrimonio fueron firmados el 20 de enero de 1495 y las negociaciones concluyeron el 5 de noviembre del mismo año con la firma del contrato matrimonial. Poco después tuvo lugar la celebración de los esponsales por poderes.

Desde el mes de noviembre se comenzaron a planificar cuidadosamente todos los detalles del viaje, bajo la supervisión de la reina Isabel. Se dispuso que la infanta Juana marchase a Flandes acompañada por un nutrido grupo de sirvientes, además de equipada con vestidos y joyas que pretendían ser una muestra de su elevado rango y del poder de la Monarquía de sus padres los Reyes Católicos.⁸

Y llegada á la villa de Almazan, entendió en ordenar la casa que habia de llevar su hija la Archiduquesa, que fué en esta manera: por su capellán mayor á D. Diego de Villascusa, maestro en santa teología, que era deán de Jaén, y por mayordomo mayor envió á Don Rodrigo Manrique, comendador de Yeste; é hizo su copero mayor á Don Rodrigo Manrique, hijo de Honorato de Mendoza, Señor de Cañete: y caballero mayor hizo á Francisco de Lujan, hijo de Joan de Lujan: y trinchante á Joan Velez de Guevara, y camarero á Diego de Ribera, y por tesorero á Martín de Mojica, y contador a Francisco de Alcaraz, y veedor á Pedro de Godoy: y por maestresalas á Martin de Távara y á Hernando de Quesada. Y dióle por pajes á hijos de caballeros: y dueñas de honor á Doña Beatriz de Távara, Condesa de Camino, y á Doña Ana de Viamonte, hermana del Condestable de Navarra, y á Doña María de Villegas: y dióle por

⁸ *Armada y provisiones para llevar a Flandes a doña Juana*, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid: Imprenta de Calero, 1846, vol. VIII, pp. 548-550.

damas á Doña María de Aragón, hija del Condestable de Navarra, y á Doña Blanca Manrique, sobrina del Duque de Nájera, hija de su hermano D. Joan, y á Doña María Manuel, hija de D. Joan Manuel, y á Doña María Manrique, hija de Pedro Manrique, Señor de Bardizcar, y á Doña Francisca de Ayala, natural de Madrid, y á Doña Aldara de Portugal, hija de D. Fernando de Portugal, nieto del Infante D. Donís de Portugal, y á Doña Beatriz de Bobadilla, sobrina de la Marquesa de Moya, y á Doña Angela de Villanova, natural de Valencia. Llevó así mismo otros muchos oficiales para el servicio de su casa.

Ordenado esto, el Rey y la Reina enviaron á mandar y rogar á Doña Teresa de Velasco, muger del Almirante D. Alonso Enriquez, y á D. Fadrique Enriquez, Almirante de Castilla, su hijo, y á D. Joan Enriquez, Conde de Melgar, que fuesen esta jornada con la Archiduquesa su hija, y trujesen á la Princesa Doña Margarita.⁹

Concluidos todos los preparativos en agosto de 1496, Juana se dirigió a Laredo en compañía de su madre y sus hermanos. Allí la esperaba una gran flota para acompañarla en su viaje:

...y llegados á Laredo donde estaban juntos ciento y veinte navios de alto borde, y entre ellos dos grandes carracas ginovesas, la una de las cuales era del Adelantado de Murcia D. Joan Chacón; y proveída esta armada de todo lo necesario, se embarcaron en ella quince mil hombres. Y luego que la Reina llegó vino Doña Teresa de Velasco, acompañada de muy honradas dueñas, y con ella sus hijos D. Fadrique, Almirante de Castilla, y el Conde de Melgar, y D. Francisco Enriquez, Señor de Almazan, y otros muchos caballeros y deudos suyos, todos los cuales acompañaron á la Archiduquesa hasta Flandes, y demás dellos D. Luis Osorio, obispo de Jaén, y Diego Osorio, y Alvaro Pérez Osorio, y D. Garcí Ponce de León, y Gómez de Butrón, Señor de Mojica, y Joan de Amendaño, y D. Joan de Artiaga, y otros caballeros y parientes mayores de Vizcaya, todos los cuales se embarcaron con la Archiduquesa á los diez y seis dias del mes de agosto.¹⁰ Y la Reina acompañó á su hija hasta el navio, y con ella el Príncipe é Infantas sus hijos, adonde se despidieron con muchas lágrimas.¹¹

Para demostrar el poder y esplendor de la Monarquía de los Reyes Católicos, ante la corte de Borgoña y como garantía de seguridad ante la Francia siempre hostil, la flota estaba formada por 133 buques, sobre todo naos y carabelas, con 15.000 hombres.¹² Según explicaba el cronista Lorenzo Padilla, el viaje que condujo a Juana a los Países Bajos comenzó el 22 de agosto y fue azaroso desde sus comienzos, ya que el 31 de agosto los vientos desfavorables y las corrientes obligaron a la escuadra a refu-

⁹ *Crónica de Felipe I, Llamado el Hermoso, escrita por don Lorenzo de Padilla y dirigida al emperador Carlos V*, Capítulo X. Como la Reina Doña Isabel entendió en enviar á Flandes á la Infanta Doña Joana su hija, para casar con el Archiduque Don Felipe. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid: Imprenta de Calero, 1846, vol. VIII, pp. 35-36.

¹⁰ En los diversos testimonios no coinciden exactamente las fechas.

¹¹ *Crónica de Felipe I...*, p. 37.

¹² Bethany Aram, *La reina Juana: gobierno, piedad y dinastía*, Marcial Pons Historia, 2001, p. 63.

giarse en las costas inglesas, en Portland, en donde permaneció hasta el 2 de septiembre.

El Almirante fué por capitán general desta flota. Y pasados tres dias que se embarcó el Archiduquesa, tuvieron viento y se hicieron á la vela, y prosiguiendo su viaje con buen tiempo se les recreció fortuna á los veinte y cuatro de agosto, en día de San Bartolomé, y duró ocho horas, y volvióles bonanza ya que la armada queria entrar por la canal de Flandes. El Almirante D. Fadrique envió siete navios á correr la costa de Bretaña, los cuales tomaron dos naos bretonas, y otro día se juntaron con el armada. Y llegando cerca de Flandes se levantó viento contrario, de manera que fué forzado á la armada acogerse á un puerto de Inglaterra, llamado Toorlan [Portland], que es playa y descubierta de aquel viento, lo cual causó que se vio en aprieto el armada, y una carraca topó con un navio vizcaino y lo echó á fondo; mas salvóse la gente del que estaban en el alto. Y el Archiduquesa estuvo dos días en esta atalaya adonde vinieron muchas damas y caballeros de la tierra á lo besar las manos. Y se proveyó el armada de refresco y de todo lo necesario, y luego que cesó este viento, refrescóles próspero viento é hicieronse á la vela la vuelta de Flandes.¹³

Cuando finalmente la flota pudo acercarse a Middelburg, en Zelanda, una carraca genovesa que transportaba a 700 hombres y parte del equipaje, incluido el vestuario de doña Juana y muchos de sus efectos personales, chocó contra un banco de arena y se hundió.

Y como los bancos sean peligrosos de pasar, la Archiduquesa se embarcó en una nao vizcaina, y se desembarcó de la carraca. Después tocó sobre el banco del Monge la otra carraca ginovesa donde venia por capitán D. Joan Enriquez, hermano bastardo del Almirante, que después fué obispo de Osma, y venian con él muchos caballeros, y Diego Ribera camarero de la Archiduquesa con toda la recámara, de la cual se perdió grand parte, y muchas otras joyas de personas particulares; mas salvóse toda la gente que venia en ella. Mas todos los demás navios de la flota llegaron á salvamento con el Archiduquesa, dia de nuestra Señora de setiembre, á un puerto de Holanda, llamado la Ramua [Middelburg], y luego á la hora la Archiduquesa se desembarcó y fué aposentada en la mejor casa deste lugar. Y no fueron acabados de desembarcar cuando se levantó tan grand tempestad que se pensaron perder todos los navios de la flota.¹⁴

La llegada al puerto supuso un gran alivio para la archiduquesa y sus acompañantes, que muy pronto sufrieron una gran desilusión al recibir la noticia de que Felipe *el Hermoso* no había acudido a recibir a su futura esposa. Ello se debía a la oposición de los consejeros francófilos de Felipe a las alianzas de matrimonio pactadas por su padre el Emperador Maximiliano con los Reyes Católicos. Aún en 1496, los consejeros albergaban la posibilidad de convencer a Maximiliano de la inconveniencia de una alianza

¹³ *Crónica de Felipe I...*, pp. 37-38.

¹⁴ *Crónica de Felipe I...*, pp. 38-39.

con Castilla y las virtudes de una alianza con Francia.¹⁵ “La Archiduquesa [...] estuvo en este lugar cuatro ó cinco dias aguardando que se acabasen de desembarcar su casa y criados, y las de los que la acompañaban. Luego que fueron desembarcados, el Archiduquesa se fué la vuelta de Vergas. Llegada la Archiduquesa á Vergas, fuéle hecho grand rescibimiento.” Juana fue recibida por la archiduquesa Margarita y se dirigió después a la ciudad de Amberes. En esta ciudad el viaje experimentó un nuevo retraso, ya que doña Juana contrajo fiebres *tercianas* y tuvo que guardar reposo durante algunos días. Tras quedar totalmente restablecida, emprendió el viaje hacia la villa de Lierre, lugar donde debía esperar a Felipe *el Hermoso*:

Y después de haber reposado la Archiduquesa ciertos dias, se fué para Anveres, que es la mas principal villa de Brabante, adonde así mismo le fué hecho grand rescibimiento como á Señora [el 1 de octubre de 1496], y estuvo en esta villa algunos dias, y se aposentó en una abadía de la orden de Premoste, llamada Sant Miguel. Y de aquí se fué á una villa llamada Liera, y posó en casa de un abad desta orden. Y pasados diez ó doce dias que estaba en esta villa, llegó allí el Archiduque ahorrado con poca gente porque vino apresuradamente en posta; y acompañáronle Musiur de Vergas y ciertos caballeros, y luego esta noche fué á ver la Archiduquesa. Y como se apeó, el Almirante D. Fadrique Enriquez y todos los otros caballeros que venían con la Archiduquesa, le vinieron á besar las manos, y el Archiduque les hizo muy buen rescibimiento, y esa misma noche se desposaron por manos de D. Diego de Villascusa, capellán mayor, y no lo hizo D. Luis Osorio obispo de Jaén, porque era muerto en el camino. [...]. Los Archiduques se fueron á Bruselas adonde entraron con gran rescibimiento.¹⁶

Juana se encontró con Felipe el 20 de octubre de 1496. Inmediatamente se celebró la boda y se consumó el matrimonio. De allí los esposos fueron a Amberes a despedir a la Archiduquesa Margarita, que acompañada de la flota que había llevado a Juana a los Países Bajos, partiría hacia España, donde la esperaba el Príncipe Don Juan. Felipe y Juana se marcharon a Bruselas. El viaje de Juana, de España a Flandes, había terminado y comenzaba su nueva vida como Señora de los Países Bajos.

POR TIERRA Y POR MAR

Aunque no fuesen tan azarosos como el de Doña Juana, los viajes por mar siempre resultaban arriesgados. Como mínimo, el mareo siempre amenazaba y eran pocas las personas que se salvaban de padecerlo. En una carta a Catalina Micaela, fechada en Martorell el 18 de junio de 1585 Felipe II comentaba el problema del mareo: “El sábado de mañana recibimos vues-

¹⁵ H. D’Hulst, *Le mariage de Philippe le Beau avec Jeanne de Castille à Lierre le 20 octobre 1496*. Amberes, 1958.

¹⁶ *Crónica de Felipe I...*, p. 40.

tras cartas con que holgamos mucho y con saber cuán buena ibais e hicisteislo muy bien en escribírnoslas y diome mucho contentamiento todo lo que me escribís y saber que os mareasteis tan poco y pues no sentisteis nada en el estómago yo creo que no os marearéis más y fue muy bueno que el Duque se marease más que vos porque no se burlase de vos. Creo que habréis ido muy bien y aun que estaréis ya en Niza”.¹⁷

Mucho peor lo pasó Isabel de Farnesio, que en su viaje de Parma a Madrid, padeció un gran mareo. En Sestri Levante, un puerto de la República de Génova, tal como estaba organizado, se embarcó el 30 de septiembre hacia Génova, en la nave comandada por el Duque de Tursis, capitán de la flota, que estaba formada por seis galeras españolas, cuatro genovesas y dos toscanas. La travesía resultó muy movida por causa del mal tiempo. No fue posible llegar hasta San Pier d’Arena, el lugar donde estaba previsto desembarcar, y después de muchos problemas y retrasos, debido a una fuerte granizada, Isabel y sus acompañantes tuvieron que bajar del barco en el “passo nuovo de la Lanterna” y llegar a San Pier d’Arena en carroza.¹⁸

Estaba previsto continuar el viaje en barco, pero la mala experiencia padecida desanimó a la joven Reina, que no estaba dispuesta a perecer antes de llegar al trono. Como escribía el 9 de octubre al duque Francisco: “Aseguro a V.A. que si alguna vez he creído que moría, fue entonces, porque ciertamente si estaba una hora más habría escupido sangre. Crea que inspiraba piedad a cuantos me vieron, porque ninguno ha sufrido tanto como lo he hecho yo”.¹⁹ Isabel decidió cambiar los planes de viaje y sin consultarlo con Felipe V continuó el viaje por tierra.

A pesar de los riesgos de las travesías marítimas, la mayoría de los viajes se hacían por mar, pues resultaba el medio más rápido, que permitía el traslado de gran cantidad de personas y equipajes con mayor comodidad. Los viajes por tierra eran todavía más complicados y lentos y no estaban exentos de peligros. En muchas ocasiones los viajes combinaban necesariamente trayectos por mar y trayectos por tierra, como sucedía con los viajes entre Madrid y Viena, donde se hallaban las cortes de las dos ramas de los Habsburgos.

¹⁷ Bouza, *Cartas de Felipe II a sus hijas...*, p. 117.

¹⁸ Laura García Sánchez y Luigi Pelizzoni, “Las trascendentales segundas nupcias de Felipe V” en *Historia y Vida*, n° extra 86 *Bodas reales*, pp. 11-19. L. Pelizzoni, “El matrimonio di Elisabetta Farnese e il suo viaggio da Parma a Genova nel 1714” en *Parma Economica*, n° 130, 1998, I, pp. 193-200, y “Il viaggio nuziale della regina di Spagna Elisabetta Farnese, 1714” en S. Pronti (ed.), *Il palazzo Farnese a Piacenza. La pinacoteca e i fasti*, Milán, 1997, pp. 232 y ss. Stefano Lottici Maglione, *Il viaggio nuziale di Elisabetta Farnese regina di Spagna*, Carpi (MO), Tipografía Ravagli, 1908. R. Biamonte, “Un viaggio nuziale: Elisabetta Farnese sposa di Filippo V di Spagna (1714)” en *Giornale napoletano di filosofia, lettere, scienze morali e politiche*, 1878, pp. 20 y ss.

¹⁹ Citado por Maria Ester Bertoli: “Il viaggio nuziale di Elisabetta Farnese da Sestri Levante a Marsiglia” en *Rivista Ingauna e Intemelina*, VIII, Istituto Internazionale di Studi Liguri, 1953, vols. 1-2, p. 17.

Los matrimonios entre las dos ramas de la Casa de Austria, la de Madrid y la de Viena, fueron continuos en los siglos XVI y XVII. Uno de los últimos fue el del emperador Leopoldo I y la infanta Margarita, hija de Felipe IV y Mariana de Austria, la preciosa niña retratada por Velázquez. Los tratos se alargaron mucho tiempo. Finalmente, los desposorios se celebraron por poderes el día de Pascua, el 25 de abril de 1666, en la corte de Madrid, representando al emperador el Duque de Medinaceli, en presencia del pequeño Carlos II y de la reina Regente doña Mariana, con asistencia del conde de Pötting, embajador imperial, y de los Grandes de la Corte. Para su viaje a Alemania fue designado como Camarero Mayor el Duque de Alburquerque.²⁰

La infanta y su comitiva salieron de Madrid el 28 de abril con destino a Denia, donde, después de reposar unos días, embarcó en la Armada Real de España, a la que escoltaban las galeras de Malta y las del gran duque de Toscana el 16 de julio. De allí la Armada se dirigió a Barcelona, a donde llegó el 18 de julio, acompañada de 27 galeras, siendo recibida con grandes salvas y festejada todo el tiempo que permaneció en la ciudad condal.²¹

Durante su estancia en la capital catalana la emperatriz se sintió levemente indispuesta lo que retrasó la partida hasta el 10 de agosto, en que la comitiva embarcó de nuevo con rumbo a Finale, a donde llegaron el 20 de agosto y donde la emperatriz fue recibida por don Luis Guzmán Ponce de León, gobernador del Estado de Milán. La comitiva partió de Finale el 1 de septiembre, llegando a la ciudad de Milán el día 11 del mismo mes, aunque la entrada triunfal no se realizó hasta el día 15. El 24 de septiembre dejaban la capital lombarda, prosiguiendo el camino por tierras del Milanésado hasta llegar a la ciudad de Venecia.

El 8 de octubre se hizo la jornada a Roveredo, primer lugar del principado-obispado de Trento, que era el punto designado para verificar las solemnes entregas que se llevaron a cabo el 10 de octubre. El Duque de Alburquerque, en nombre del Rey y de la Reina Gobernadora entregó a la emperatriz al Príncipe Dietrichstein y al cardenal Harrach, obispo de Trento, nombrados para este efecto por Leopoldo I.

El 20 de octubre partió la nueva comitiva de Roveredo, atravesando el Tirol, pasando por Carintia y Estiria, llegando el 25 de noviembre a Schottwien, a doce leguas de Viena, donde fue a buscarla el emperador. La entrada oficial en Viena tuvo lugar finalmente el 5 de diciembre. Los festejos

²⁰ Antonio Rodríguez Villa, *Dos viajes regiois (1679-1666)*, Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo 42 (1903), pp. 250-278.

²¹ *Verdadera relación de las fiestas y recibimiento que en Barcelona se hizo á la Majestad Cesárea de la Serma. Sra. D.a Margarita de Austria, emperatriz de Alemania, y juntamente de su embarcaci6n, Y acompañamiento*, Madrid, 1666.

que tuvieron lugar en la capital austriaca con motivo del imperial matrimonio fueron de los más espléndidos de toda la época barroca.²²

En el siglo XVIII fue la infanta María Luisa, hija de Carlos III, quien emprendió un viaje similar para casarse con el Archiduque Leopoldo. Partió de Aranjuez, en dirección a Cartagena. El día 21 de junio llegó a la ciudad de Murcia y al día siguiente a Cartagena, donde debía embarcar. La *Gaceta* relataba el comienzo de su viaje:

La señora infanta doña María Luisa llegó el 22 de junio por la tarde a la ciudad de Cartagena, en donde fue recibida con las aclamaciones de un concurso numeroso, y saludada con triplicada salva de la artillería de la plaza y de la escuadra que estaba destinada para conducir a su alteza, la cual se compone de nueve navíos de guerra, nombrados el *Rayo*, de 80 cañones, y el *Triunfante*, *Atlante*, *Galicia*, *Princesa*, *Arrogante*, *Guerrero*, *Velasco* y *Poderoso* de 70; y también los chambequines *Garzota* y *Andaluz*, y de otras cinco embarcaciones menores, mandada por el capitán general marqués de la Victoria, y a las órdenes de éste el teniente general don Blas de Barreda y el jefe de escuadra don Luis de Córdoba. Aquella noche permitió su alteza que besasen su real mano los generales y oficiales de marina, y asistió después a la iluminación y fuegos que se habían dispuesto en su obsequio. El 23 lograron el mismo honor el ayuntamiento de dicha ciudad y varias personas de distinción de ambos sexos. Por la tarde tuvo la benignidad de asistir a una fiesta de toros que estaba prevenida, y se halló en ella muy divertida y contenta.²³

En el puerto de Cartagena la infanta-archiduquesa se embarcó con destino a Italia. La *Gazeta de Madrid* narra su partida:

El 23 [de junio de 1765]. Dicho día se embarcaron los equipajes. El 24 por la tarde fue su alteza a ver los arsenales, y a las seis y media se embarcó en la falúa del navío el *Rayo*, gobernada por el propio marqués de la Victoria, haciendo los bajeles de la escuadra nueva triplicada salva de su artillería. En esta disposición entró a bordo del *Rayo*, cuya cámara principal y camarotes estaban primorosamente adornados. Al amanecer del siguiente día salieron los navíos *Princesa*, *Galicia*, *Guerrero*, *Velasco*, *Arrogante* y *Poderoso*, con los chambequines y una de las pequeñas embarcaciones para esperar a la boca del puerto formados en línea paralela, y quedaron el *Triunfante* y el *Atlante* para acompañar al *Rayo*, los que fueron remolcados al amanecer mismo. Al salir el navío de su alteza, fuera de punta y bien manifiesto su buque y real insignia, arriaron todos los demás sus gavias y hicieron triplicada salva del mismo modo que lo habían ejecutado en el puerto, saludando a su alteza las tripulaciones con nueve veces “Viva el rey”; y unidos todos se formaron en dos columnas y siguieron su derrota aprovechando el viento terral, pero habiendo calmado éste no pudieron separarse de la vis-

²² *Verdadera relación de la entrada y recibimiento que se hizo á la Sra. Emperatriz de Alemania, D. Margarita de Austria, en la ciudad de Viena, en cinco de Diciembre del año pasado de 1666*, Granada, 1666. Friedrich Polleros, “Entre ‘majestas’ y ‘modestas’: Sobre la representación del emperador Leopoldo I” en Fernando Checa Cremades (ed.), *Cortes del Barroco*. De Bernini y Velázquez a Luca Giordano. Madrid, Seacex, 2003.

²³ *Gazeta de Madrid*, Madrid, 2 de julio de 1765.

ta del puerto. El 26 a las cinco de la mañana volvió el viento favorable y continuaron su rumbo felizmente.²⁴

UN ESPECTÁCULO TOTAL

El viaje era también un gran espectáculo. Las princesas viajaban con grandes comitivas de acompañamiento, por necesidad y por prestigio. El paso de estos largos y espléndidos desfiles causaban impacto en campos y ciudades y las gentes se congregaban en los caminos para admirarlos.

La comitiva de Isabel de Valois, cuando viajó de París a Madrid, para casarse con Felipe II, fue espléndida. Su madre, la reina viuda Catalina de Médicis, la envió al encuentro de su esposo acompañada de un brillante séquito. Como era habitual, en la frontera se despidieron de ella la mayoría de los nobles franceses de alto rango y otros servidores mucho más humildes pero no menos útiles, incluidos varios acemileros y mozos de carruaje. La recibió un grupo parecido. Felipe II escogió a uno de los Grandes de España más destacado, don Iñigo López de Mendoza, IV duque del Infantado, y a Francisco de Mendoza, arzobispo de Burgos. Encabezaban un impresionante séquito, que incluía a otros 13 títulos y más de 100 caballeros y gentileshombres de su linaje. También envió don Felipe numerosos carruajes con la servidumbre necesaria para transportar al séquito real.²⁵

En el siglo XVIII la comitiva de Isabel de Farnesio fue igualmente espléndida. Isabel viajaba acompañada de su familia y de las grandes familias de Parma y Piacenza. Unos viajaban a caballo, otros en carruajes, otros en literas. La reina iba con su madre en una hermosa carroza, tirada por seis caballos. En representación del rey de España dirigía el cortejo el cardenal Acquaviva. Como hombre de confianza del Duque de Parma, acompañaba a Isabel el marqués de Scotti. En calidad de camarera mayor iba la princesa de Piombino. Guardias de corps, gran cantidad de servidores y criados y una enorme impedimenta cargada sobre sesenta mulas completaban el séquito. Isabel se había preocupado de prepararse un espléndido ajuar, digno de su nueva condición regia, y se lo llevaba con ella a Madrid. Una gran multitud de pamesanos aclamaron a su princesa desde la salida del palacio hasta la puerta de San Francisco y durante muchas leguas del camino, deseosos de ofrecerle una calurosa despedida.

²⁴ *Gazeta de Madrid*, Madrid, 2 de julio de 1765.

²⁵ Agustín González de Amezúa y Mayo, *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores. Dirección General de Relaciones Culturales, 1949, 3 vols. I, pp. 94-96. María José Rodríguez Salgado: "Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera Parte" en *Cuadernos de Historia Moderna*, 2003, Anejo II, pp. 39-96.

El viaje es una experiencia para cualquier viajero y los viajes fueron grandes experiencias para las princesas y para las personas que las acompañaban. Los viajes se aprovechaban para realizar visitas a personas que se hallaban en el itinerario, para conocer lugares, obras de arte, instituciones, centros religiosos. Eran ocasiones de salir del cerrado mundo de la corte y entrar en contacto con el mundo exterior.

El viaje de Isabel de Farnesio en 1714 resulta muy representativo de un viaje que es más que un simple recorrido, sino que resulta bien aprovechado, visitando lugares, monumentos y personas. Tras decidir viajar por tierra desde Génova a Madrid, la comitiva se instaló en San Pier d'Arena, en el palacio de Carlo Lomellino. Isabel permaneció alojada allí durante una semana, descansando para reponerse del mareo. El día 7 de octubre asistió a un concierto ofrecido en su honor y el día 8 fue a venerar las milagrosas cenizas de San Juan Bautista, conservadas en la iglesia de San Lorenzo. La reina atravesó las calles de la ciudad de Génova hasta la iglesia, donde fue recibida por el arzobispo, las demás autoridades eclesiásticas y la nobleza. El regreso se hizo por otras calles, con el fin de permitir a Isabel conocer la ciudad, siendo muy aclamada por los genoveses.²⁶ Hizo muchas otras visitas. En el palacio Doria pudo admirar los cuadros de Van Dyck, uno de sus pintores predilectos. En una carta a su madre, escrita el 9 de octubre, le decía: "Ayer fui a Génova a visitar las cenizas de San Juan Bautista. Verdaderamente es una bella ciudad, muy poblada, con palacios bellísimos, pero con las calles estrechísimas (...). Esta mañana será mi partida por tierra hacia Francia".²⁷

Pero no todo fueron fiestas y diversiones, también hubo mucha política. Cerca ya de España se detuvo para entrevistarse con su tía Mariana de Neoburgo, viuda de Carlos II, que se hallaba retirada en Bayona y tenía mucho interés en hablar con Isabel, para advertirla contra la poderosa Princesa de los Ursinos, a la que achacaba su exilio. La otra gran ocasión política tuvo lugar en Pamplona. Isabel se encontró allí con su gran valedor, el abate Alberoni. También el abate la advirtió sobre la conveniencia de imponerse sobre la Princesa de los Ursinos, para asegurar su influencia sobre el Rey.²⁸

Los viajes eran muy largos, duraban semanas y meses. Las princesas se detenían en diversos momentos, para descansar, para comer, para recibir agasajos. Un caso muy significativo es el viaje de Isabel de Farnesio de Parma a Madrid. Ya de por sí largo, se alargaba cada vez más. Desde Madrid Felipe V enviaba correo tras correo solicitando a su deseada esposa

²⁶ BBG, ms. 223 "Relazione del passaggio della Regina del Re Cattolico per il Stato della Serenissima Repubblica di Genova seguito li 25 7.bre 1714".

²⁷ ASP, CFBE, Spagna, b.132 Carta de Isabel Farnesio a su madre la duquesa Dorotea, S. Pier d'Arena, 9 de octubre de 1714.

²⁸ María Ángeles Pérez Samper, *Isabel de Farnesio*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.

que apresurara su marcha, pero sus ruegos no surtieron efecto alguno. Isabel se lo tomaba con calma. Marcaba su propio ritmo. Solía levantarse hacia las nueve, pasaba tres horas largas rezando y arreglándose, dos horas más las empleaba en comer y por la tarde hacía un trecho de camino, siempre corto. Sólo viajaba cuatro o cinco horas diarias y aprovechaba todas las oportunidades para detenerse a descansar, a hacer visitas y a recibir toda clase de homenajes y agasajos.²⁹

El viaje era por sí mismo un espectáculo, que incluía otros espectáculos. A las princesas viajeras se les ofrecían fiestas, regalos. Las princesas eran protagonistas y eran a la vez las más distinguidas espectadoras. Los acompañantes eran igualmente beneficiarios. Por otra parte las autoridades y el pueblo de los lugares en que se ofrecían las fiestas eran igualmente actores y público.

Para las poblaciones del recorrido el paso de la comitiva era un problema, pero también una oportunidad. Atender y festejar a los viajeros ocasionaba gastos e incluso podía generar conflictos, pero era una buena ocasión también para conseguir beneficios y prebendas. La proximidad del poder en tierras alejadas de la corte ofrecía posibilidades de lograr compensaciones a cambio de las muestras de lealtad dadas en las fiestas y agasajos.

En 1630 la infanta María, hermana de Felipe IV, visitó Barcelona camino de Austria, donde iba a encontrarse con su esposo Fernando III, Emperador del Sacro Imperio y rey de Hungría. Permaneció en Barcelona varios meses, del 7 de febrero al 12 de junio de 1630.³⁰ La infanta, a la que se le daba el título de Reina de Hungría, venía de Zaragoza y, tras visitar Montserrat, por Esparraguera se dirigió a Barcelona. Al llegar a Sant Feliu del

²⁹ Marqués de Courcy, *L'Espagne après la paix d'Utrecht*, París, 1891, pp. 229 y ss.

³⁰ Rafael Nogués, *Noches luzidas, pomposas y célebres Fiestas que de noche se han hecho en la insigne Barcelona a la Magestad de la Serenísima Reyna de Ungria que Dios guarde*, Barcelona, Esteban Liberos, 1630, 16 hs. *Los Regozijos y Fiestas que se hazen en la Ciudad de Barcelona por la Magestad de la Reyna de Ungria, en las visitas que haze a las casas de Religion*, Barcelona, Esteban Liberos, 1630, 4 hs. *Relación de las visitas que la Magestad de la Reyna de Ungria va continuando en las casas de Religion: Con el espléndido combite que hizo a los pobres en dos días, que fueron el de la Virgen y el Jueves Santo labandoles los pies: y regozijos y Estafermo que el Embaxador de Ungria en compañía de otros Cavalleros y forasteros, y Cavalleros desta Ciudad, le hizieron en la plaça de San Francisco, Lunes 8 de abril 1630, y Sarao que en la noche hubo en el salon de la Puente*, Barcelona, Esteban Liberos, 1630, 4 hs. *Relación verdadera de la Real Embarcación de la Serenissima Señora doña Maria de Austria, Reyna de Ungria: que fue Miercoles a los doce de Junio, a las siete horas de la tarde, deste presente año de mil seyscientos y treynta; en la muy ilustre, e insigne, y siempre fidelissima, y leal ciudad de Barcelona. Lo cual contó el Pastor Sylvano a su tan querida como hermosa pastora Celia de los valles de Ebron; con muchas otras cosas que passaron*, Barcelona, Esteban Liberos, 1630, 4 hs. *Al Rey Nuestro S. Don Francisco de Villamayor y Zayas, Capellán de Infanteria Española en la jornada de la Serenissima Señora Reyna de Bohemia, y Ungria, desde la Ciudad de Barcelona, a Génova. Canción Real*, Barcelona, Sebastian Matevad, 1630, 2 hs.

Llobregat, el 7 de febrero, salieron a recibirla el Virrey Duque de Feria, acompañado de muchos caballeros. Al día siguiente le dieron la bienvenida el Obispo con el Cabildo y una numerosa representación del clero barcelonés, después los “diputats” y “consellers”. Se organizó entonces la comitiva para acompañarla a la ciudad, formada por guardias, nobles, embajadores, prelados, “consellers”, “diputats” y el virrey. “Venía Su Magestad en unas ricas y hermosas andas, o literilla descubierta, franqueada su desseada vista, lo poco que se encubria con transparentes cristales, venía vestida de verde y oro, aunque en tanto luzimiento mal se distinguía el color...”³¹ Seguían muchos palafrenes, carrozas y coches con las damas y meninas, con los criados y el equipaje. A su paso se hicieron varias demostraciones militares, cuatro compañías de caballos simularon una escaramuza, cuatro banderas de arcabuceros dispararon salvas de arcabucería, y al entrar en la ciudad se dio una gran salva de artillería. Gran cantidad de público acudió a contemplar la entrada. Según decía el cronista: “Estavan los campos, las calles, los terrados, ventanas y calles tan pobladas de gente, que no parecía nacida sino llovida...”³² El recorrido finalizó en la plaza de San Francisco, en el palacio del Duque de Cardona, residencia de la reina durante su estancia en la ciudad.

Las justas y torneos, fiestas preferidas de la nobleza, se celebraron en honor de la infanta Doña María. Al día siguiente de su llegada, el 9 de febrero, se celebró por la noche una gran fiesta en la plaza de San Francisco, pagada por la Diputación del General. Los caballeros participaban en el torneo, las damas asistían desde un tablado ricamente decorado, toda la plaza estaba llena de gente. Doña María contempló el espectáculo desde el balcón del palacio del Duque de Cardona donde se alojaba. La fiesta comenzó con la presentación de los participantes y el saludo a la dama en cuyo honor se celebraba:

Precedían atabales, trompetas, clarines, y chirimías, vestidos de damasco blanco y carmesí a girones (librea antigua de la Diputación) todos a cavallo, luego los Maestres de Campo, que eran don Iuan de Ardena, Iusepe de Bellafilla, don Iuan Ferran, y don Pedro Vila, con riquissimas galas, vistosos penachos, y hermosas guarniciones en los cavallos. Y luego en primero lugar el señor Diputado Militar, y el Conde de Monteagut, vestidos a la Española costossissimamente de lama leonada con ricas faxas de oro de Milan, capas agavanadas de la misma guarnicion, guarniciones de cavallos de lo mismo, con vistosos y grandes penachos leonados, metieron quarenta lacayos de la misma librea, plumas y galas, sino tan costosas, tan luzidas, con sendas achas en las manos (y esto se supone en todos los demas) corrieron su

³¹ Rafael Seugón, *El magestuoso recebimiento, y famosas Fiestas que en la insigne Ciudad de Barcelona se han hecho a la Magestad de la Serenissima Reyna de Vngria doña Maria de Austria, que Dios guarde*, Barcelona, Esteban Liberos, 1630, 4hs.

³² *Ibidem*.

carrera parejos con mucha bizarria y destresa haciendo el debido acatamiento a su Magestad con las lanças; y esto hizieron los demas por su orden con notable concierto y gallardía.³³

Además de los jinetes desfilaron varios carros, lujosamente adornados:

Luego al son de caxas y pifanos entraron quatro carros, fabricados con grande maestria, tenia cada uno doze varas de largo, y ocho por lo ancho, con balustres alrededor argentados con sus mascarones en las esquinas: movianse con unas secretas ruedas que tiraban muchos hombres, que todo se encubria con mucha gracia, con unos lienços que pendían de las cornisas, en que havia pintada mucha diversidad de caças, y peleas maritimas, y terrestres, grandes arboledas, y hermosas fuentes, todo de valiente pinzel: venía sobre cada una cinco Cavalleros, armados todos con lanças y toneletes, riquissimos y luzidos; grandes y vistosas cimeras, con una infinidad de plumas, curiosos y brilladores bolantes, conformes en colores los de cada carro, y todos con lanças de plata bruñidas, hizieron con mucha destreza el devido acatamiento a su Magestad con ayrosos pasos, y gallardos movimientos...³⁴

El espectáculo fue extraordinariamente lujoso. El gusto por lo maravilloso estaba como siempre muy presente. Y como además era Carnaval las indumentarias de los participantes derrocharon imaginación. El desarrollo del torneo siguió de acuerdo con el ritual:

Hechas las cortesías tomaron sus lanças los de acavallo, y empeçó a correr el Estafermo el Diputado Militar: estaban para esto a los dos lados de la plaça dos telas con su Faquin, o Estafermo, en cada uno dispuestos de manera, que dando bueltas los cavallos sin parar, tomando lanças en medio del circulo, se corrieron los dos Estafermos con grande destresa, y famosas suertes.

Corrieron todos los Cavalleros a seys y a ocho lanças en breve tiempo, con mucha gracia y gala (acción mejor para vista que para escrita). A estas horas se remudaron las achas, cosa que pasmó a muchos, porque excedían de mil las ardían en la plaça.

Luego al son de las caxas y pifanos con mucho espacio se fueron juntando los carros del Torneo delante el balcon de su Magestad, y haziendo de valla las varandas y balaustres de unos y otros, hizose el Torneo lo mejor que se puede desear, acabose con dos follas de sinco a sinco, que dieron mucho gusto a todos; rematose la fiesta con una buelta que dieron todos por la plaça, que todo fue hermosissimo y vistoso espectaculo. Retirose su Magestad, y todos se bolvieron a sus casas con grande contento y gusto.³⁵

Con motivo del día de Santa Eulalia, patrona de la ciudad de Barcelona, se organizó una gran fiesta religiosa en la Catedral. También visitó doña María la Iglesia del Colegio de Belén de los jesuitas.³⁶

En Barcelona las paradas navales y toda clase de festejos relacionados con el mar tenían un significado especial. El mar marcaba una diferencia

³³ *Ibidem.*

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ *Ibidem.*

³⁶ *Ibidem.*

con la habitual sede de la corte en Madrid y poseía un especial atractivo para muchos de los reales huéspedes. La sola visión del mar ya era un grandioso espectáculo por sí misma, todavía mayor cuando se organizaba un festejo sobre las olas. Además la perspectiva era múltiple, la fiesta en el mar podía ser contemplada desde el mar y desde tierra. En la visita de la infanta María de Austria en 1630 el mar tuvo mucho protagonismo. Como colofón de la bienvenida dada por la ciudad a la infanta el viernes 7 de febrero, tuvo lugar una fiesta en el mar, contemplada por Doña María.³⁷ Un folleto de la época hacía un poético relato del encuentro de la Infanta con el mar y de la fiesta de las galeras en su honor:

Estava el cielo despejado y el mar tranquilo, que todo festejó a su Magestad. Salieron ocho galeras del muelle, y llenas de vanderolas y gallardetes se pusieron en hilera delante el passadizo, ò puente (...), de donde las mirava su Magestad, hizieron muchas salvas de mosqueteria, jugando la artilleria a ratos; y esto por espacio de hora y media, à cuyos regozijados tiros respondian las quatro compañías de arcabuzeros, que puestos en la muralla se vio la mas agradable ostentación por mar y tierra...³⁸

También se celebró una excursión marítima por la costa barcelonesa, con las correspondientes salvas, según cuenta Jeroni Pujades en su dietario.³⁹

Los viajes ofrecían una buena ocasión de encuentro entre la Monarquía y su pueblo. Un momento de aproximación, mucho más eficaz y positivo, por ser una mujer, la reina o la princesa, quien encarnaba la Monarquía, mostrando su rostro más amable, a través de la figura femenina, siempre más atractiva, una imagen a la vez seductora y maternal, especialmente digna de respeto, cortesía y devoción.

Aunque a una cierta distancia, los viajes y entradas de las reinas y princesas eran ocasión de ver y de ser vistos. Hay siempre un claro componente visual, un deseo de ver a la recién llegada, tanto por parte del monarca como por el pueblo en general.

La reina era la gran protagonista de la ceremonia, el foco de todas las miradas, pero había más centros de interés, los actores eran muchos, las autoridades, los diversos grupos sociales competían por ver y ser vistos, el escenario también era digno de contemplarse, los adornos y decoraciones eran igualmente llamativos. En la entrada en Madrid de Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II, en 1570, Juan López de Hoyos destacaba la importancia de lo visual: “Procediendo poco a poco no era pequeño espec-

³⁷ *Llibre de les solemnitats de Barcelona*, ed. de A. Durán i Sanpere y Josep Sanabre, Barcelona, 1930-1947, 2 vols., vol. II, pp. 178-179.

³⁸ Rafael Seugón, *El magestuoso recibimiento...*

³⁹ *Dietari de Jeroni Pujades*, ed. de Josep M^a Casas Homs, Barcelona, Rafael Dalmau, 1975-1976, vol. IV (1626-1630), pp. 233-234.

táculo dilatar los ojos por el ornato de colgaduras de brocado, rasos, damascos, y otras tapicerías de oro y seda de grandissimo valor. Las ventanas eran tan adornadas, con grande frecuencia de Señoras y Damas que adornaban, e ilustravan la fiesta”.⁴⁰ Para López de Hoyos la presencia femenina era parte esencial del espectáculo que se ofrecía a los ojos de los afortunados asistentes: “era grandissimo contentamiento dilatar y estender los ojos por tanta variedad de riquezas de oro y de plata, y sedas, con que todo este trecho estaua adornado, passando en silencio las damas, y señoras que a una parte y a otra por las ventanas con su spectaculo illustrauan y regozijauan las fiestas”.⁴¹

ATRAVESAR LA FRONTERA

En el viaje existían lugares y momentos decisivos, uno de los más significativos era el de atravesar la frontera, suponía el cambio de país, el cambio de séquito, incluso en ocasiones el cambio de imagen, cambiando de vestimenta y adoptando la del país de destino.

Uno de los pasos más usados era el río Caya, que marcaba la frontera entre España y Portugal, utilizado con frecuencia por los numerosos enlaces entre los Avís y los Austrias. Espléndida fue la entrega de la princesa María Manuela de Portugal, que en otoño de 1543 se dirigía a España para casarse con el Príncipe don Felipe, el futuro Felipe II. Aquella boda fue una de las más notables que se han hecho entre príncipes en España, por el lujo, ostentación y aparato que se empleó desde los primeros preparativos, y por el ceremonial con que se celebró. Los cronistas de la época han dejado detalladas descripciones del viaje que el maestro del príncipe, Juan Martínez Silíceo, obispo de Cartagena, hizo de Madrid a Badajoz a recibir a la princesa y de la grandeza con que el sexto duque de Medina Sidonia, Juan Alonso Pérez de Guzmán, se encargó de acompañar a la ilustre novia.⁴²

La proyectada boda estuvo a punto de ocasionar un rompimiento entre España y Portugal por cuestiones de etiqueta. Debido a las continuas disputas sobre el ceremonial la infanta no pudo entrar en España el día anunciado, y aún llegó a temerse que se deshiciera la boda. En un manuscrito títu-

⁴⁰ Juan López de Hoyos, *Real aparato, y sumptuoso recibimiento con que Madrid... rescibio a la Serenissima Reyna D. Ana de Austria*, Juan Gracian, Madrid, 1572, p. 84. Citado por José Simón Díaz (ed.), *Fuentes para la historia de Madrid y su provincia. I. Textos impresos de los siglos XVI y XVII*, Instituto de Estudios Madrilenos, Madrid, 1964, pp. 55-118.

⁴¹ López de Hoyos, *Real aparato*, p. 107.

⁴² Inventario de la plata y otros que se llevaron en estas jornadas y recibos y cuentas de los gastos que se hicieron, cuando el 6º Duque fue a Badajoz a recibir a la Princesa Doña María, hija de Juan III, rey de Portugal, y llevarla desde allí a Salamanca para sus bodas con el Príncipe Felipe. 1543. Archivo de la Casa Ducal de Medina Sidonia, Índices, vol. 5, legajo 940.

lado “Recibimiento que se hizo en Salamanca a la princesa doña M^a de Portugal, viniendo a casarse con el Príncipe Don Felipe II” se explica minuciosamente el encuentro en la frontera:

...todo el mundo se aparejó para el recibimiento y así salieron todos los del día pasado y llegaron a la puente de Alcaya que es un río pequeño que divide a Portugal y Castilla [...] ya la gente comenzaba a pasar la puente y fueron los primeros de los que traían la recámara de la princesa y luego pasaron sesenta y cinco acémilas con el repuesto del arzobispo de Lisboa con sus reposteros de lana con las armas reales de Portugal [...] comenzaron a pasar en aquella orden que cada uno había guardado en la entrada de Badajoz y a la princesa era llegada con todos los que la acompañaron que fueron los siguientes: el duque de Braganza, el arzobispo de Lisboa, el camarero mayor del Rey, don Rodrigo Lobovaran Dalvito, don Gaspar Caravallo desembargador de pazo y embajador de Portugal, el tesorero mayor del Rey, el merino mayor de la corte con veinte hombres de pie con sus partesanas, el hijo de Hernán de Álvarez, don Diego Deza, el tesorero del príncipe, nuestro señor, por Francisco Persoa y otros muchos que no inde eran tanto hidalgos; traía el duque de Berganza grande estruendo que espantaba los niños. Con el repuesto venían muchos hidalgos [...] serían entre todos hasta ochocientos de a caballo y traía setenta hombres de guarda en calzas y jubón de paño amarillo y azul golpeados a la forma alemana con sus gorras de grana; traía doce menestriales altos y dieciséis trompetas con una librea amarilla y dos fajas de paño azul, traían en los pechos unas grandes pechinas de plata travadas al cuello con unas cadenas gruesas de plata; traía así mismo un mayordomo con un tavarado muyto cumplido que llegaba al suelo y las mangas muy anchas todas cortadas y llenas de puntas y una media gorra con sus puntas con un gran collar de oro que parecía al Cid cuando vino a Toledo; traía tres pajes uno de lanza otro de maleta otro de recaedos vestidos de terciopelo y con collares de oro muy ricos, estos por ser hidalgos decían que tenían licencia para traer seda [...] y así el duque traía XX mozos de cámara bien aderezados conformes a su prematica; traían, así mismo, una capilla de cantores razonables y muchos menestriales altos y bajos, traía también dos reyes de armas [...] El arzobispo de Lisboa [...] traía hasta cien cabalgaduras entre pajes y otros servidores y venían con los tres prevendados de su iglesia y su librea de terciopelo negro sin otra guarnición...⁴³

Si brillante era la comitiva de los caballeros, todavía más brillante era la imagen de la princesa y de las damas que la acompañaban:

Traía la princesa, nuestra señora, catorce lacayos vestidos de carmesí con unos chapeos de seda verde que son sus colores y otros ocho monteros con capotines verdes y sus jaquetas coloradas de paño, debajo traía cuatro meninos muy pequeños cada uno con su librea porque era a costa de sus padres a la usanza de Castilla.

Venían con ella catorce damas, las diez portuguesas y las cuatro castellanas, la una, hija de don Juan de Mendoza, Señor de Morón, llámase doña María de Velasco y muy privada de la princesa que sea criada con ella desde niña tiene buena gracia y es muy desenvuelta y al dicho de muchos la más hermosa. La otra es doña Mencia de Figueroa, hija de doña María de Figueroa, natural de Madrid. La otra es hija de Luis Sarmiento, caballero mayor y la otra, hija de

⁴³ Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid n° 4013. Editado on-line: http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/8_5_transcripcion_manuscrito.shtml

Lope Hurtado de Mendoza. Las otras portuguesas no las conozco de nombres ni por hermosas, venían todas bien aderezadas [...]; traía así mismo menestriales altos y bajos y acompañáronla hasta acá por mandado del rey cuyos son. Venía con su Alteza un enano [...]. Llegada pues su Alteza al puesto salió de la litera en que venía de brocado y tomó una mula guarnecida de lo mismo de tres altos con una gualdrapa de lo mismo. Traía vestida una ropa de raso blanco toda recamada de oro las mangas muy anchas y aforradas de raso carmesí recamadas como lo de fuera con muchos golpes tomados con putas de oro y encima traía una capa castellana de terciopelo morado con unas tiras de oro tirado y una crespina o red de oro tocada y encima de ella un bonete portugués de terciopelo blanco con unos botones pequeños de oro en las cortaduras, traía unas arracadas muy pequeñas en cada una tres perlas pequeñas, traía una gorguera de red de oro agorjalada y parecióme que traía por el gorjal unas tiras de oro de martillo tenía en la mano un pedazo de terciopelo blanco hecho como aventalle con que algunas veces se hacía aire y se ataba el rostro. Pareció a todos muy hermosa y no nada empachada.

La ceremonia de entrega de la princesa se celebró entre el Duque de Braganza, que la entregaba por parte del rey de Portugal, y el duque de Medina Sidonia, que la recibía en nombre del emperador Carlos V:

El duque de Berganza habló de esta manera: El Rey, mi señor, me mandó venir en compañía de la princesa, mi señora, para la entregar a quien trajere poderes del emperador para la recibir y esto dijo sin descubrir la cabeza. El duque de Medina así mismo sin se descubrir y bien demudado dijo el obispo de Cartagena y yo traemos los poderes para ello y pidislos a uno que allí junto a él venía a pie y diéronlos a un tabelán de escribano por ju[z]gues que los leyese y acabados de leer dijo el duque de Berganza bien están y luego el duque de Medina quitó su gorra y hizo una grande humillación a la princesa y dijo al duque de Berganza es ésta la muy alta y serenísima princesa, doña María, hija del muy alto y esclarecido Rey Don Juan y de la muy alta y esclarecida Reina Doña Catalina, su mujer. El duque de Berganza dijo sí es; el duque de Medina dijo pues aquí estamos prestos de la recibir y luego el duque de Berganza se volvió a la princesa y le dijo vuestra Alteza quiere ir a Castilla con el duque de Medina y con el obispo de Cartagena que traen los poderes del emperador para vos llevar; ella dijo sí quiero. Entonces el duque de Berganza tomó la rienda de la mula de la princesa y diola al duque de Medina y él la tomó y se puso a la mano izquierda do el duque de Berganza estaba y el obispo se puso a la derecha y esto hecho el duque de Berganza pidió por testimonio lo que había hecho conforme a lo que el Rey, su señor, le había mandado y luego el testimonio se firmó y pidió, así mismo, un conocimiento del duque y obispo y de cómo la recibieron y el conocimiento y lo demás iba hecho y lo firmaron el duque y obispo y el testimonio firmaron muchos hidalgos portugueses.

Tras la ceremonia de la entrega, se produjo la despedida de la comitiva portuguesa y la princesa, acompañada de la comitiva española, siguió hacia Badajoz, siguiente etapa de su viaje a Salamanca, donde se había de encontrar con su esposo:

...y esto hecho los portugueses que se habían de volver se apearon y besaron las manos a la princesa y se despidieron de ella. En esta sazón quién podría decir los lloros de las damas y el sollozar debajo de los paños de narices y el alimpiarse las lágrimas y el llorar de los gala-

nes y suspiros puestos en el cielo ya que esto fue acabado, el duque de Berganza llegó a caballo a se despedir de la princesa y le pidió la mano muy ahincadamente y ella nunca se la quiso dar y así la princesa partió para ir a entrar por la puente del río que parte los reinos y el duque de Berganza y los demás se volvieron, los ballesteros de maza y reyes de armas del Rey pasaron hasta Badajoz al pasar de la puente el duque fue adelante de su Alteza y el obispo atrás y ella en medio y pasada; estaba el correjidor y regimiento de la ciudad con unas ropas rozagantes de raso carmesí aforradas en terciopelo azul y allí le besaron las manos y le fueron apriesa a la puerta de la ciudad do tenían un palio de brocado rico, las goteras de lo mismo aforrado en raso carmesí y como allí llegó su Alteza, se metió debajo de él llevándole los regidores y así entró en la ciudad y se fue derecha a la iglesia do la estaba esperando la clerecía a la puerta con su luz y candelas y como allí llegaron no quiso la princesa apear porque era tarde que era más de un hora de noche y así se fue a palacio.

Se habían de celebrar los esponsales en Salamanca, y en el camino desde Badajoz, aunque no demasiado largo, se invirtió cerca de un mes, porque todo eran festejos, justas, torneos, vistosos simulacros de infantes y jinetes, esforzándose las poblaciones grandes y pequeñas en obsequiar a la futura princesa de Asturias. El príncipe, en un gesto de cortesía, seguía a la princesa desde la raya hasta Badajoz. Cuando llegaba la real comitiva a una población en la que iba a descansar, el príncipe, siempre de incógnito, se adelantaba, y desde una ventana o desde la calle, mezclado con la muchedumbre, se complacía en observar a su futura esposa.

Llegó la princesa por fin a Salamanca, en cuyo límite la esperaban el corregidor con el Ayuntamiento, el Cabildo, la Universidad y otras corporaciones, que la acompañaron en la entrada. El príncipe se adelantó para contemplar la entrada y discretamente se asomó a un balcón de la casa del doctor Olivares para ver una vez más a la infanta. Ésta lo supo, y al pasar por delante del balcón, para guardar el decoro, se cubrió el rostro con el abanico que llevaba en la mano. Uno de los bufones del conde de Benavente, que acompañaba a la infanta para distraerla con sus gracias, apartó el abanico y descubrió el rostro de la infanta. El día 14 de noviembre de 1543 se celebró la boda, por la noche, dando a los esposos la bendición nupcial el arzobispo de Toledo. A las cuatro de la mañana se celebró la misa de velaciones, y todo el día 15 y varios de los siguientes se sucedieron las fiestas y torneos.

EL PASO DE RONCESVALLES

Otro de los pasos fronterizos más significativos era Roncesvalles en los Pirineos, utilizado sobre todo en matrimonios hispano-franceses, pero también en el caso de otras princesas procedentes de Italia.

Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, fue una de las princesas que pasó por Roncesvalles. Emprendió el viaje a su país de adopción, en

los primeros días de enero de 1560. Dedicó los últimos días en Francia en ultimar los preparativos de su lujoso ajuar. Era una mujer joven amante del lujo y de la moda. Su ajuar estaba compuesto de “veintitres costosísimos vestidos, cuatro de ellos labrados en oro”. Terminados los preparativos, abandonó la ciudad de Blois, donde se encontraba la corte, y emprendió su largo viaje. Isabel, durante las primeras etapas del mismo, estuvo acompañada por la familia real en pleno, aunque finalmente se despidió con gran tristeza de sus seres queridos en la ciudad de Poitiers.

Isabel era casi una niña, tenía trece años. Durante todo el viaje mostró gran interés por todo lo que se refería a su nuevo reino. Desde Burdeos fue escoltada camino de los Pirineos por Antonio de Borbón. En el paso que marcaba la frontera se encontró con el conde de Buendía, Juan de Coruña; que había sido nombrado maestro de ceremonias por Felipe II. Cruzar la frontera no fue tarea fácil, ya que en esos días cayó una fuerte nevada que retrasó la marcha de la numerosa comitiva. La entrega de Isabel se produjo en Roncesvalles, el 6 de enero de 1560, aunque esta sufrió un notable retraso por los problemas que surgieron entre los representantes de ambas monarcas, ya que ni españoles ni franceses se ponían de acuerdo sobre el lugar donde efectuar la entrega. Finalmente Isabel fue puesta bajo la custodia del IV duque del Infantado y del cardenal Mendoza.

El itinerario que siguió a Isabel por tierras españolas fue calculado minuciosamente por su esposo, que determinó que la comitiva de la reina pasara por Rasuain, Pamplona, Tafalla, Villafranca, Tudela, Agreda, Soria, Gomara, Morón, Baraona, Jadraque e Hita. Se proyectó que el primer encuentro de ambos esposos se produjera en el palacio de los Duques del Infantado, en Guadalajara. Isabel de Valois llegó al mencionado palacio el 28 de enero de 1560, allí fue recibida por su cuñada Juana de Austria, que se encargó de presentarle sus respetos en nombre de la familia real. La joven novia no vio a su esposo hasta la boda, que tuvo lugar el 31 de enero. Los esponsales se celebraron a las diez de la mañana en la capilla del palacio donde se encontraban alojados ambos, siendo oficiada por el cardenal Mendoza.⁴⁴

Mucho tiempo después, otra joven reina Isabel, Isabel de Farnesio, pasó la frontera de su nuevo reino por el mismo lugar, Roncesvalles, camino igualmente del hermoso palacio plateresco de los Mendoza en Guadalajara, en su caso para encontrarse con su esposo el rey Felipe V. Después de su largo viaje de tres meses desde Parma, Isabel, la reina tan deseada y esperada, estaba ya a punto de entrar en su nuevo reino. Sólo le quedaba salvar los Pirineos, cuyas montañas eran siempre difíciles de franquear para el viajero. El 9 de diciembre de 1714, ya de noche, a la luz de las hogueras encendidas en su honor, Isabel de Farnesio llegó a Roncesvalles. La *Gaceta*

⁴⁴ Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa Calpe, 1998. S. Nadal, *Las cuatro mujeres de Felipe II*, Barcelona, Mercedes, 1944.

de Madrid relataba con detalle la simbólica ceremonia de bienvenida y la entrega de una valiosa joya, regalo tradicional del rey a su esposa:

La Reina nuestra señora después de haberse despedido a la salida de San Juan de Pie de Puerto de su tía la Reina viuda nuestra señora, pasó el día 9 con felicidad el Pirineo, por el escabroso paso de Altovizcar, y llegó aquel día por la tarde a Roncesvalles, adonde se hizo aquella noche la función de las entregas por el señor Marqués de los Balbases al señor Marqués de Santa Cruz, Mayordomo Mayor de la Reina (que con la Casa Real se hallaba esperando a su Majestad). También el señor Marqués de Priego, Duque de Medinaceli, entregó en nombre del Rey la Joya, función que hizo con gran magnificencia, con lucidas y ricas libreas y espléndidos banquetes, que ha continuado en toda la jornada; en aquella antigua y santa iglesia (adonde su Majestad se fue a apear) se cantó el *Te Deum*. Los Diputados del Reino de Navarra se adelantaron a recibir a su Majestad a la Raya de Francia, y el tiempo favoreció sus lucimientos estando muy apacible.⁴⁵

Recibida en su nuevo reino por la comitiva que debía acompañarla hasta su encuentro con el Rey, Isabel hubo de separarse del séquito que la había acompañado desde Parma, nobles, servidores, criados. Continuarían a su lado muy pocas personas, como su camarera mayor, la princesa de Piombino, Ippolita Ludovisi-Boncompagni, vieja amiga de su madre la Duquesa Dorotea, que se convertiría en una íntima amiga y confidente. La rigurosa etiqueta no permitía a la reina otro acompañamiento y servicio que el de la corte española. Este cambio de séquito era, pues, el último adiós a su tierra natal. Pero era también la bienvenida a su nueva vida. Conoció entonces a muchas personas que serían importantes en su reinado, como el mayordomo mayor, el Marqués de Santa Cruz. Atravesaba Isabel las fronteras del reino y las fronteras de su destino. Entraba en una nueva y decisiva etapa de su vida, dejaba atrás a Elisabetta Farnese, princesa de Parma, para convertirse en Isabel de Farnesio, Reina de España.

LA CULMINACIÓN DEL VIAJE

El viaje tenía su fin y su culminación en la entrada solemne de la reina en la capital de su nuevo reino. En España a la llegada de la reina o princesa a Madrid se le ofrecía una bienvenida muy ceremonial y festiva. Especialmente interesante fue la entrada en Madrid de Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II, ocasión para la cual el rey definió el ritual, fijando un modelo para el porvenir.⁴⁶

⁴⁵ *Gaceta de Madrid*, Madrid, 11 de diciembre de 1714.

⁴⁶ Jorge Sebastian Lozano, "El género de la fiesta. Corte, ciudad y reinas en la España del siglo XVI" en *Potestas. Religión, poder y monarquía. Revista del grupo Europeo de Investigación histórica*, Universitat Jaume I, No 1, 2008, pp. 57-78.

En 1570, Ana de Austria inauguró la costumbre de tomar el monasterio real de san Jerónimo como punto de partida para el desfile grandioso que llevaba a las nuevas reinas al Alcázar, después de cruzar transversalmente todo Madrid. La entrada de Ana fue la ceremonia real que mayor impronta urbanística dejó en la primera década del Madrid cortesano. Junto con las obras de jardinería en el entorno del monasterio y Prado adyacente, se empedró y “enderezó” la carrera de san Jerónimo y, para “ensanchar el paso” del cortejo, se derribó el arco de la muralla árabe cercano a la parroquia de santa María, situada en la calle Mayor muy cerca del Alcázar. Como iglesia mayor de la villa, la parroquia era un centro ceremonial de gran importancia.⁴⁷

La decoración de la entrada fue magnífica. Algunos de los mejores artistas vinculados a la Corona, como el escultor Pompeo Leoni, y los pintores de Cámara del Rey, Alonso Sánchez Coello y Diego de Urbina, participaron en la confección de los arcos con que se recibió en la Corte a la nueva esposa del monarca. Elogio a los valores de la Monarquía Española y a la figura de la reina era el arco principal, ejecutado por el escultor italiano Pompeo Leoni, en el que se podían ver representaciones pictóricas de triunfos militares de Carlos V y de su hermano el emperador Fernando. Aparecían dos Victorias con sus palmas y una matrona, que representaba a la ciudad de Madrid, haciendo reverencia a los monarcas. En uno de los grupos escultóricos aparecía una figura de España, flanqueada por Justicia y Fortaleza, que mantenía encadenada y humillada a sus pies a la Herejía. Junto a los temas históricos y las alegorías religiosas, otras escenas contenían alusiones a la llegada de la nueva reina y a su matrimonio. En una de ellas tres damas, Perpetuidad, Lealtad y Fecundidad, representaban a las tres virtudes de la nueva esposa; otra, en que se representaba el nacimiento de Aurora, aludía a la luz que la reina traía a España; una tercera representaba a Neptuno y varias sirenas guiando la nave de Ana de Austria hacia España; y una cuarta representaba su llegada a Madrid, con varias ninfas que salían a recibirla. En la última se representaba a la reina sobre un trono recibiendo los dones de varias virtudes, Pudicia, Caridad, Justicia, Fe y Prudencia. Muy frecuentes eran las alegorías del amor y el matrimonio. Otro de los arcos levantados en Madrid tenía como tema el del juicio de París, que ofrecía su manzana a la nueva reina, despreciando a las tres diosas. El ofrecimiento de presentes por parte de personajes alegóricos que representaban a ciudades, ríos o señoríos era motivo de otros muchos arcos. En esta ocasión en uno de ellos las figuras de España y el Nuevo Mundo ofrecían a la reina una corona, y cada uno de sus reinos le presentaban sus dones.⁴⁸

⁴⁷ María José del Río Barredo, “La ciudad como corte: La construcción de una capital ceremonial, Madrid, 1590-1630”, en *Actas XIII Congreso AiH*, tomo IV, pp. 214-224.

⁴⁸ Teresa Ferrer Valls, *Las fiestas públicas en la monarquía de Felipe II y Felipe III* en M. Bietti (ed.), *La morte e la gloria. Apparati funebri medicei per Filippo II di Spagna e*

El cronista madrileño Juan López de Hoyos escribió una interesante relación de la entrada de Ana de Austria en la Villa y Corte. Se titula: “Real aparato y suntuoso recibimiento con que Madrid, como casa y morada de su Majestad, recibió a la Serenísima Reina Doña Ana de Austria, Nuestra Señora viniendo a ella nuevamente después de celebradas sus felicísimas bodas y próspero viaje. Se pone su itinerario, una breve relación del triunfo del Serenísimo don Juan de Austria, el parto de la reina nuestra señora y el solemne bautismo del Serenísimo Príncipe don Fernando nuestro señor”.⁴⁹

En España el ritual establecía que entrara la Reina sola, en otros países la entrada solemne la protagonizaba la pareja real conjuntamente. Muy famosa fue la entrada en París de Luis XIV y su esposa la infanta María Teresa de Austria, justo después de su boda en 1660.⁵⁰

El final del viaje representaba asumir una nueva identidad, un nuevo país, nuevas costumbres, nuevos deberes, una nueva familia. La infanta María Luisa, hija de Carlos III, casada con el Archiduque Leopoldo, fue muy bien recibida por su nueva familia austriaca, especialmente por su suegra la emperatriz María Teresa. El 5 de agosto de 1765 en Innsbruck (Austria) se produjo la ratificación del matrimonio. La familia imperial acogió con gran satisfacción y afecto a la infanta. El conde de Fernán Núñez explicaba el encuentro de María Luisa con la emperatriz María Teresa:

La nueva archiduquesa se dirigió a Innsbruck con la familia alemana que había venido a buscarla. Allí la esperaba su esposo, la emperatriz María Teresa y su marido, el archiduque José, ya rey de romanos, y toda la familia y señores de la corte de Viena. La hermosura, la franqueza y el agrado de la infanta María Luisa se hizo dueña desde el primer momento de todos los corazones, y sus virtudes han ido aumentando y confirmando cada día más el amor y el respeto de cuantos la conocen. La emperatriz, sobre todo, halló en ella un atractivo que ni pudo ni hubiera querido resistir. El archiduque, su esposo, no anunciaba entonces una naturaleza muy robusta, y más presto parecía estar tocado del pecho. La emperatriz se lo dijo a la infanta, recomendándole “le cuidase”, y su alteza, con su franqueza natural, le respondió: “Pierda vuestra majestad cuidado; yo se lo cuidaré”, respuesta que le agradó infinito. Efectivamente, cumplió su palabra, pues cada día se fue mejorando, y su dilatada prole no deja duda del buen estado de su salud.⁵¹

Margherita d’Austria, Florencia, Sillabe-Soprintendenza per I Beni Artistici e Storici di Firenze, Pistoia e Prato, 1999, pp. 28-33. Universitat de València <http://www.uv.es/entresiglos/teresa/pdfs/fiestaspub.PDF>

⁴⁹ Madrid, por Juan Gracián, 1572. Biblioteca Nacional de Madrid, R-2859 y Biblioteca de la Universidad y Provincial de Zaragoza, G-50-122.

⁵⁰ Jean Tronçon, *L’entrée triomphante de leurs maiestez Louis XIV Roy de France et de Navarre, et Marie Therese d’Austrie son espouse, dans la ville de Paris capitale de leurs royaumes, au retour de la signature de la paix generale et de leur heureux mariage*, Paris, Pierre le Petit, 1662.

⁵¹ Fernán Núñez, *ob. cit.*, t. I, 192-193.

VIAJES SIMÉTRICOS

En ciertas ocasiones las bodas reales se realizaban por duplicado, intercambiando princesas. En ese caso se buscaba una simetría perfecta en los acuerdos diplomáticos y también en los viajes, en que todo se organizaba para que resultara equilibrado.

Unas de las más famosas fueron las dobles bodas hispano-francesas de 1615. Se casaron dos hijos de Felipe III, el príncipe Felipe, futuro Felipe IV, con Isabel de Borbón, y la infanta Ana de Austria, con Luis XIII. El doble matrimonio fue muy celebrado.⁵² Algunos escritores, como Lope y Quevedo, que asistieron al intercambio de princesas, no dejan de referirse a ello. Quevedo en carta al Duque de Osuna, virrey de Nápoles, le informaba del enorme séquito que acompañó a la reina Ana hasta la frontera francesa, y de los muchos poetas que cada noble llevaba en su entorno y a su costa. La relación más conocida del viaje a la frontera es la de Pedro Mantuano: *Casamientos de España y Francia y Viaje del Duque de Lerma llevando a la Reina*, publicada en 1618.⁵³ También fueron muy importantes las imágenes, pinturas y grabados, que se crearon para conmemorar el acontecimiento, entre las que destaca el cuadro titulado *Intercambio de princesas entre las cortes de España y Francia*, que se halla en el convento de la Encarnación de Madrid.⁵⁴

Las dobles bodas hispano-francesas estaban pactadas desde 1612 y también el doble viaje, incluyendo la entrega de princesas. Todo se hallaba establecido de manera recíproca. El rey de España, Felipe III, y el rey de Francia, Luis XIII, viajarían respectivamente hasta Burgos, con la infanta Ana, y hasta Burdeos, con la princesa Isabel. En Burgos y en Burdeos, se celebrarían las bodas por poderes, la de Ana con el rey Luis XIII, y la de Isabel con Felipe, Príncipe de Asturias, ejerciendo como representantes de los novios, por España el duque de Lerma, y por Francia el duque de Guisa. En esas mismas ciudades las dos princesas serían despedidas por los reyes, que no debían proseguir el viaje. Desde allí ambas princesas viajarían

⁵² José María Perceval, *Opinión pública y publicidad (siglo XVII). Nacimiento de los espacios de comunicación pública en torno a las bodas reales de 1615 entre Borbones y Habsburgo*. Tesis Doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, 2003. Ed. on-line.

⁵³ Casamientos de España y Francia, y viaje del Duque de Lerma, llevando la Reina Christianíssima Doña Ana de Austria al passo de Beobia, y trayendo la princesa de Asturias, nuestra Señora. Por Pedro Mantuano. Madrid, en la Imprenta Real. Por Tomás Iuntí, Impresor del Rey N^o Sr., 1618.

⁵⁴ María José del Río Barredo, "Imágenes para una ceremonia de frontera. El intercambio de las princesas entre las cortes de Francia y España en 1615" en Joan Lluís Palos y Diana Carrió-Invernizzi (dir.), *La historia imaginada: Construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2008, pp. 153-182.

hasta la frontera, acompañadas respectivamente la española por el duque de Lerma y la francesa por el duque de Guisa. Al llegar a la frontera entre España y Francia, en el paso de Behovia sobre el río Bidasoa, en una isla artificial creada al efecto, un espacio neutral para el intercambio de las dos princesas. Desde allí Isabel viajaría a Burgos y Ana a Burdeos, donde se ratificarían las bodas y serían recibidas con una entrada solemne.

Finalmente no sería ya el duque de Lerma, sino su sucesor Uceda, quien se encargaría de hacer la entrega de la infanta Ana. Y mucho más importante, Felipe III decidió acompañar a su hija Ana hasta la frontera, rompiendo el cuidadoso equilibrio pactado y causando gran disgusto a los franceses. A pesar de todo, se trató de mantener la equidad tanto como fue posible. Richelieu en sus Memorias escribió: “Au 9 [noviembre de 1615] on fit l'échange des deux princesses au milieu de Bidache [Bidasoa] ou d'Irun, avec toute l'égalité qui se put entre les deux nations”.⁵⁵

Los dos viajes se cuidó que fueran simétricos, como manifestación del absoluto plano de igualdad en que querían mostrarse ambas Monarquías, la de España y la de Francia. Los soberanos, Felipe III y Luis XIII, con sus comitivas, viajaron desde sus cortes respectivas, Madrid y París, hasta Burgos y Burdeos. Celebradas allí las bodas, las cortes se dividieron entre los que se quedaban y regresaban a Madrid o París y los que continuaban viaje desde Burgos y Burdeos, puntos equidistantes de la frontera del Bidasoa, para celebrar el intercambio de las princesas.

La comitiva española que acompañaba a la infanta estaba encabezada por el propio rey su padre, Felipe III, y formada por multitud de señores y criados:

Llegó el monarca a San Sebastián la tarde de 4 de noviembre, acompañado del duque de Uceda, Don Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, el confesor del Rey Fray Mateo Aliaga, dominicano; el limosnero D. Diego Guzmán, patriarca de Indias; el almirante de Castilla, los duques de Maqueda, Sesa, Pastrana, Cea, Monteleón, marqueses de Velada, Laguna, Peñafiel, Almazán Povar, Camarasa, Siete Iglesias, San Román, Flórez Davila, Mirabel y Elizeda, los condes de Olivares, Saldaña, Altamira, Barajas, Castro-Paredes, Santisteban, Villamor y Ciudad Rodrigo, a que seguían los Consejos de Guerra y Estado. Todo el tren de la Corte asistía en 74 coches, 174 literas, 190 carrozas, 584 carros, 2750 mulas de silla, 128 acémilas con reposteros bordados, otras 246 acémilas con cascabeles de plata, 6.500 personas de rolde en todo.⁵⁶

⁵⁵ *Memoirs de Richelieu*, Michaud et Poujoulat, 2e série, VII, 1837, p. 103.

⁵⁶ Joachim Antonio del Camino y Orella, *Historia civil diplomático eclesiástica, anciana y moderna de la Ciudad de San Sebastián con varias noticias particulares pertenecientes a la Provincia de Guipúzcoa*, San Sebastián, edición de 1963, pp. 105-106. Marcos de Guadalupe y Xavier (O.C.), *Historia Pontifical y Católica*, vol. II, 1615, p. 285.

Si espléndida era la comitiva, más espléndido era el ajuar. Doña Ana, como infanta de España y futura reina de Francia, llevó uno de los ajuares más ricos y lujosos de toda la época moderna, especialmente en joyas y objetos de oro y plata.⁵⁷

Finalmente llegó la fecha fijada para la entrega, el 9 de noviembre de 1615. Felipe III, al parecer, no asistió a la ceremonia de las entregas, para salvar la simetría establecida, ya que Luis XIII no estaba presente. En todo caso se volvió rápidamente a Burgos, para esperar la llegada de la princesa Isabel, tal como estaba acordado. Fray Marcos de Guadalajara y Xavier narró el intercambio:

Llegando el tiempo de las entregas a los nueve de noviembre, [...] amaneció hermosísima mañana muy propia de tan gran día. Esta mañana partió su majestad, para volverse a Burgos, precediendo grandes documentos que dio a su hija antes de su partida; y no se desvió mucho hasta ver concluidas las entregas, pues fue no más que a dormir a Hernani. Vino a comer a Irún la reina de Francia, y la princesa Isabel nuestra señora (sirviéndole la duquesa de Nevers, que después volvió haciendo lo mismo con la reina Ana) comió en unas casas cerca del puerto de la entrega, y por mucha prisa que se dieron, se partió algo tarde. Acompañaron a la reina, la condesa de la Torre su camarera, la marquesa de Fuentes, y algunas damas, el duque de Uceda, y los demás grandes, títulos y caballeros, que hemos referido: y a la princesa, los duques de Guisa, de Elbeuf, y de Uzez, el mariscal de Brissac, el conde de Gramont, el marqués de Vallate, y los señores de Tresmes, de San Geran, y de Bocard con otros caballeros y Gentiles hombres muy lucidos. Había de la parte de Francia un buen escuadrón de infantes y hasta doscientos caballeros de la guardia del Rey: y de la parte de España el mismo número: en el contorno de Irún, tres mil y quinientos infantes, y los franceses tenían la misma gente entre Urnia y el lugar de las entregas, sin poderse ver los unos a los otros.⁵⁸

La ceremonia de las entregas se celebró por la tarde. En el centro del río se había construido un templo en el que tuvo lugar el intercambio, con la equidad meticulosa en cuanto al reparto de lugares y símbolos entre franceses y españoles, el besamanos, el abrazo de las dos damas, la reina Ana y la princesa Isabel, “las dos estrellas trocadas”, como titularía Lope de Vega su comedia en honor de las bodas.⁵⁹

⁵⁷ “Inventaire des bagues, joyaux, pierreries cyprès mentionnées que le roi d’Espagne a fait apporter pour le plaisir et service de la reine de France sa fille lesquelles ont été données e délivrées à sa Majesté en faveur et désir du traité de son heureux mariage” y “Autre inventaire des bagues, perles, joyaux, et pierreries, qui ont esté par le Roy et par la Royne Mère de Sa Majesté consignés à la Royne depuis son arrivée en France” en Armand Baschet, *Le Roi chez la Reine ou Histoire secrète du mariage de Louis XIII et d’Anne d’Autriche*, París, 1866, pp. 465-472.

⁵⁸ Marcos de Guadalajara y Xavier (O.C.), *Historia Pontifical y Católica*, vol. II, 1615, pp. 285-286.

⁵⁹ M^a Soledad Arredondo, “Estrellas, flores y princesa como objetos en 1615: *Las dos estrellas trocadas* y *Los ramilletes de Madrid*, de Lope de Vega” en *Investigaciones Feministas*, 2011, vol. 2, 239-257.

En las orillas de España y Francia, había dos cuadras ricamente entoldadas, con las armas en los frontispicios de las dos coronas: a sus dos lados unas galerías, o corredores asistidos de la nobleza de ambos reinos: y en medio del río un espacioso barcón lleno de riqueza: y en las dos orillas dos barcas con el mismo lucimiento. Serían las tres de la tarde cuando pasó la reina Ana, por delante de los escuadrones de España, y fue tan igual el paso, que a un mismo tiempo llegaron las princesas a las cuadras. La reina vestida de azul y la princesa de blanco. Metidas en sus barcas llegaron al barcón donde se abrazaron: y hecha la ceremonia de la entrega, y las sumisiones los duques y Grandes con gran regocijo y cortesía, se despidieron aunque no sin ternura y trocando de barcas, cada una navegó a su tierra no sin grandes cariños y lágrimas, y en sendas literas comenzaron sus jornadas.⁶⁰

Desde el Bidasoa las princesas se separaron, intercambiaron sus comitivas e hicieron sus respectivos viajes en dirección contraria, Ana a Francia, primero a Burdeos, después a París, Isabel a España, primero a Burgos, después a Madrid, siguiendo el mismo camino, iguales jornadas, iguales paradas, iguales recepciones.⁶¹

En España el encuentro de los esposos se produjo en Burgos. El 25 de noviembre de 1615, cuando la joven novia acababa de cumplir trece años, se ratificó el enlace de Isabel y Felipe y después la princesa Isabel completó su viaje, siendo muy agasajada en todos los lugares por donde pasaba, hasta llegar a Madrid, donde se realizó la entrada solemne de la nueva Princesa de Asturias:

La princesa doña Isabel de Borbón [...] vino desde Burgos acompañada del Rey, su suero, y del Príncipe, su esposo, con todo lo grande de Castilla. En Lerma, Segovia y otras partes se hicieron muchas fiestas.⁶² Pasó por el Escorial y vino al Pardo, donde hubo algunas monterías, y el viernes durmió en San Jerónimo el Real. El sábado siguiente, diecinueve de diciembre, por la mañana, fueron los Consejos a besarle la mano con la autoridad que acostumbran. A la tarde fue la solemne entrada; halláronse doce grandes que fueron: los duques de Cea, Peñaranda, Veragua, Villahermosa, Pastrana, Sesa, Infantado, Alba, Maqueda y Lerma, el conde de Alba y el Almirante de Castilla; entró con la ostentación y acompañamiento que se debía a su grandeza. Hubo dos arcos, uno a la salida del Prado, junto a la huerta del Duque de Lerma: era de dieciséis figuras de Reinos con sus escudos de armas y llaves en las manos, ofreciéndolas a su Alteza. El otro arco, en la Puerta de Guadalajara, con un león coro-

⁶⁰ Marcos de Guadalajara y Xavier (O.C.), *Historia Pontifical y Católica*, vol. II, 1615, p. 286.

⁶¹ Armand Baschet, *Le Roi chez la Reine ou Histoire secrète du mariage de Louis XIII et d'Anne d'Autriche*, París, 1866, p. 178.

⁶² Sagrario López Poza, "Relaciones festivas segovianas en el reinado de los Austrias" en M^a Cruz García de Enterría *et alii* (eds.), *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del primer coloquio internacional (Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995)*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá y Publications de la Sorbonne, 1996, pp. 239-252. Ricardo Martorell Téllez-Girón, *Anales de Madrid de León Pinelo, Reinado de Felipe III, Años 1598 a 1621: Edición y estudio crítico del manuscrito número 1.255 de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Estanislao Maestre, 1931. Ed. facs.: Valladolid: Editorial Maxtor, 2003, Pinelo, Fiestas en Segovia, pp. 336-337.

nado, ofreciéndole una corona, y arriba una ninfa con una flor de lis en la mano, y ambos arcos con buena música. Los plateros, en su calle, pusieron ricos aparadores de plata y oro y joyas de sumo valor. Entró debajo de palio, en una hacanea con sillón de oro, con traje de Francia, suelta la falda, que cubrían riquísimas perlas; el pelo alto, con el tocado, collar, cintura, gorra y arracadas de gruesos diamantes. Las dueñas de honor en sus mulas y luego las damas, y detrás la Guardia Vieja de a caballo. Las calles se cubrían de cuanto lucido las casas encierran; así llegó a Santa María, donde la recibió el cardenal de Toledo, y se cantó el Te Deum laudamus, y se pasó al Alcázar. El día siguiente tuvo esta villa una alegre máscara de cien caballeros, y después otra solemne fiesta con cuatro hermosos carros y otros regocijos debido a tanta demostración.⁶³

Desde su llegada, Isabel de Borbón, fue siempre una mujer admirada y amada por su pueblo. Recibió el sobrenombre de “la Deseada”.

LAS DOBLES BODAS DE 1729

En el siglo XVIII fueron también muy significativas las dobles bodas hispano-portuguesas de 1729. Isabel de Farnesio, preocupada por el destino de su hija María Ana Victoria, cuyo anterior compromiso con el Rey de Francia se había roto, se empeñó en convertirla en futura Reina de Portugal, casándola con el heredero del trono, José, Príncipe del Brasil. A cambio, se negoció el matrimonio del Príncipe de Asturias, Fernando, con la princesa Bárbara de Braganza.⁶⁴

Fueron las bodas de la reconciliación. Después de años de distanciamiento, las familias reales de los dos países ibéricos iban a encontrarse. Los monarcas españoles, con sus hijos, el Príncipe de Asturias, Don Fernando, la infanta María Ana Victoria, ya Princesa del Brasil, y los infantes Don Carlos y Don Felipe, acompañados de un gran séquito, se desplazaron hasta la frontera. Allí acudió igualmente la familia real portuguesa, el rey Juan V y su esposa la reina María Ana de Austria –hija del emperador Leopoldo I y de su tercera esposa Leonor Magdalena de Neoburgo, por tanto prima hermana de la reina española, pues sus madres eran hermanas–, el Príncipe del Brasil, Don José, la ya Princesa de Asturias, Doña Bárbara, y los infantes Don Pedro, hijo de los reyes, y Don Francisco y Don Antonio, hermanos del rey Juan V.⁶⁵

⁶³ Entrada de Isabel. Biblioteca Nacional Madrid, Manuscrito 1174. Martorell Téllez-Girón: *Anales de Madrid de León Pinelo*, Pinelo, pp. 337-338.

⁶⁴ Ramón Pérez Caminero, *Bodas reales en Badajoz. “Bárbara de Braganza – Fernando de Borbón” Reyes de España 1746-1758/59. Breves biografías y transcripción de dos documentos del Archivo Histórico Provincial de Badajoz, que relatan los festejos organizados en esta ciudad por tal acontecimiento los días 16 a 27 de enero de 1729*, Badajoz, Junta de Extremadura, 2003.

⁶⁵ Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal (1640-1750)*, Lisboa, Verbo, 2ª ed., 1982, vol. V: *A Restauração e a Monarquia Absoluta (1640-1750)*, pp. 234-237 y 253-255.

La familia real española comenzó el viaje el 7 de enero a las diez de la mañana. En Madrid se quedaron los dos infantes más pequeños, Luis y María Teresa. Hasta Badajoz el trayecto se hizo en diez jornadas, descansando las noches en Casarrubios, Torrijos, Talavera, Oropesa, Naval Moral, Zaratejo, Villa Mesía, Medellín, Arroyo de San Serván y Badajoz. El viaje transcurrió felizmente a pesar de los rigores invernales, pues como informaba la *Gaceta*, “las abundantes nieves que han caído y las recias heladas que después sobrevinieron han puesto los caminos pesados y embarazosos”. Los monarcas fueron muy agasajados por todos los lugares del camino, especialmente en Talavera, “donde el Ayuntamiento y nobleza de aquella populosa villa tenía dispuestos grandes festejos de máscaras con parejas a caballo, danzas de vistosos disfraces y muchos artificios de fuego, que se ejecutaron aquella noche con primor y aplauso”.⁶⁶

El 8 de enero Doña Bárbara, acompañada por la familia real portuguesa, salió de Lisboa, rumbo a su nuevo reino. La *Gazeta de Madrid* explicaba el viaje:

Los Reyes, la Serenísima Señora Princesa de Asturias, el Príncipe nuestro señor, y los Señores Infantes Don Pedro, Don Francisco, y Don Antonio, partieron de esta Ciudad el día 8 del corriente, y aviendo hecho noche en Aldea Gallega, salieron de aquella Villa el día 9 a las cinco de la mañana, y oyendo Missa en la Iglesia de Nuestra Señora de la Atalaya, fueron a dormir a su nuevo Palacio de las Vendas Novas, adonde llegaron tan cansadas por el mal tiempo la Reyna, y la Princesa de Asturias, que atrassaron una jornada; y el Rey, Príncipe, y Infantes prosiguieron su camino el día 10 a las quatro de la mañana, y sin embargo de las descomodidades que padecieron por la obscuridad, y los pantanos, llegaron felizmente a Montemayor el Nuevo, donde se apearon para visitar la Casa en que nació el Bienaventurado San Juan de Dios, y después prosiguieron su jornada hasta Evora... El día 12... llegaron también a Evora la Reyna, y la Princesa... El día 14 a las quatro de la mañana partió el Rey, con el Príncipe, y Infantes, desde Evora a Villaviciosa; y el día 15 tomaron el mismo camino la Reyna, y la Princesa.⁶⁷ El Rey, el Príncipe nuestro señor, y los tres Señores Infantes, prosiguieron felizmente su Jornada de la Frontera de Castilla, llegaron el 14 por la tarde a Villaviciosa, en donde fueron a visitar la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de la Concepción, que se venera en la Iglesia Matriz de aquella Villa, y es la Patrona de este Reyno; y lo mismo executaron la Reyna nuestra Señora, y la Serenísima Princesa de Asturias, que se volvieron a juntar el día siguiente 15 con el Rey, y los Principes en la misma Villa. El día 16 por la mañana salió de Villaviciosa toda la Real Comitiva, y combidando la amenidad del camino, y lo apacible del día, caminaron tan despacio, que no entraron hasta ponerse el Sol en la Plaza de Elvas, o Yelves, al mismo tiempo que en ella se oyó la Artillería de Badajoz, que era señal de que los Reyes Catholicos entraban también en aquella Ciudad. S. Magestades y Altezas se apearon en el Palacio Episcopal; y después de aver hecho Oracion en la Cathedral, se retiraron al mismo Palacio, donde tenían prevenido su Aposentamiento.⁶⁸

⁶⁶ *Gaceta de Madrid*, núm. 3, Madrid, 18 de enero de 1729.

⁶⁷ *Gazeta de Madrid*, núm. 6, de 9 de febreo de 1729. Lisboa, 20 de enero de 1729.

⁶⁸ *Gazeta de Madrid*, núm. 7, de 15 de febrero de 1729. Lisboa, 27 de enero de 1729.

En esta ocasión el habitual “viaje de entrega”, por el que una novia real era acompañada con todo ceremonial al encuentro de su esposo, alcanzó la máxima solemnidad y publicidad.⁶⁹ La *Gazeta de Madrid* dio cuenta detallada del encuentro de las dos familias reales en el río Caya:

Y habiéndose señalado para esta función la tarde del miércoles 19, salieron de Badajoz después de comer, en una rica y primorosa carroza, los Reyes, la Señora Princesa del Brasil, el Príncipe nuestro Señor, y los Señores Infantes Don Carlos y Don Felipe, a quienes seguían con gran orden y extraordinario lucimiento, todos los coches de respeto, de Jefes de Casas Reales, (...) y todos los demás criados y séquito que acompaña a Sus Majestades en la Corte cuando salen en público. Habíase fabricado para esta gran ceremonia un dilatado puente de madera sobre el río Caya, que divide los Reinos de Castilla y Portugal, a una legua de distancia de Badajoz, y sobre el puente estaba construida la Casa de las Entregas, de figura cuadrada, con muchas ventanas llenas de vidrios cristalinos, y toda vistosamente pintada por dentro, y por fuera, con muchas tarjetas, festones y molduras de talla dorada, y con las Armas de ambas Coronas en las fachadas correspondientes; y de esta parte del río Caya estaban formadas, y en admirable ordenanza, las tropas de la Casa Real, y otras del ejército de Extremadura, que excedían el número de seis mil hombres, todos bien armados y bien vestidos (...). De la otra parte del río se vieron también formados algunos muy lucidos regimientos portugueses. Y cuando Sus Majestades y Altezas llegaron junto a la Casa de las Entregas, ya estaban aguardando del otro lado los Reyes, Príncipes e Infantes de Portugal, que todos venían en una misma carroza y seguidos de muy numerosa y ricamente adornada comitiva; de suerte que inmediatamente entraron en el aposento interior de la Casa los Reyes, Reinas, Príncipes, Princesas e Infantes, que en total eran trece personas reales, y después de haberse abrazado y cumplimentado con gran cordialidad y cariño se leyeron las Capitulaciones y tuvieron una agradable conferencia de más de una hora.⁷⁰

El esplendor que rodeaba la ceremonia apenas ocultaba el dolor de la separación. José del Campo-Raso en sus *Memorias* recoge la perspectiva personal:

Entrando todos a un tiempo en el salón dispuesto para este efecto, ambas casas reales se complimentaron recíprocamente. La conversación duró cerca de tres cuartos de hora, después de la cual se sentaron y firmaron los contratos matrimoniales. Concluida la ceremonia, ambos reyes y príncipes se levantaron y volvieron a la conversación. El rey católico la tuvo dilatada con el infante de Portugal don Francisco, hermano del rey. Las reinas se manifestaron grande amistad, y los jóvenes esposos se miraban con suma atención sin decirse palabra alguna. Como la conversación no parecía molesta ni cansada, de una y otra parte, y el todo con

⁶⁹ Antón Filipe Pimentel, “El ‘intercambio de las princesas’, arte y política en las fiestas de la boda entre Fernando de Borbón y Bárbara de Braganza” en *Quintana: revista de estudios do Departamento de Historia da Arte*, Año 2010, número 9, pp. 49-73. María del Mar Lozano Bartolozzi, *Fiestas y arte efímero en Badajoz en el siglo XVIII: los viajes reales organizados para intercambio de las princesas María Ana Victoria de Borbón y María Bárbara de Braganza*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 1991.

⁷⁰ *Gaceta de Madrid*, nº 4, Madrid, 25 de enero de 1729.

bastante libertad, no muy común entre personas tan augustas, ya se encendían luces sin pensar a retirarse. Esta circunstancia dando lugar de advertir que era tiempo, las dos princesas se echaron a los pies de los reyes y reinas para despedirse de sus majestades, cuyo lance fue tan tierno que conmovió a todos. La princesa del Brasil volvía a cada instante el rostro bañado en lágrimas a besar las manos de sus majestades católicas. La princesa de Asturias parecía no poder dejar las rodillas del rey su padre y de la reina su madre, y este monarca, como asimismo el rey y reinas de España y Portugal, no pudiendo, no obstante la violencia que se hacían, detener sus lágrimas, y haciéndose la escena difícil de sostener, tomaron el partido de retirarse luego, después de terminadas las entregas; y saliendo ambos reyes a un tiempo de la casa, entraron en sus coches, para volverse a Badajoz y Yelves.⁷¹

La reacción de las princesas también la recogió otro testigo anónimo, que escribía en una carta: “La princesa del Brasil se despidió llorando y duró hasta el coche, y el rey de Portugal la cogió en brazos y la sentó en el almohadón, y cesó inmediatamente el llanto; pero la de Asturias con gran gozo salió y entró en el coche”.⁷² La pequeña Marianina, con sólo once años, repitiendo lo sucedido años atrás, cuando hubo de marchar a Francia, volvía a separarse de su familia y lo hacía entre lágrimas, pero pasó la frontera y completó su viaje a Portugal. Bárbara de Braganza se incorporó a la familia real española, vivió primero un lustro en Andalucía, para ir finalmente a vivir a Madrid y a su amado palacio de Aranjuez.

Viajando hacia España, princesas procedentes de otros países, especialmente del Sacro Imperio, de Portugal, de Francia, de Italia, que vinieron a España para casarse con el rey o con el príncipe heredero, que vinieron para convertirse en reinas. También para casarse con infantes y entrar a formar parte de la familia real española. Desde Madrid, Infantas de España marcharon a otros países, para casarse y convertirse en Emperatrices del Sacro Imperio, reinas de Portugal, reinas de Francia o de otros estados. Princesas de toda Europa, viajeras de excepción, recorrieron los caminos en busca de su destino real –su deber y su privilegio–, al servicio de su familia, de su dinastía, de la Monarquía, de su país. Sus viajes constituyen un capítulo sobresaliente en la historia de los viajes en la edad moderna.

⁷¹ José del Campo-Raso, *Memorias políticas y militares para servir de continuación a los “Comentarios” del Marqués de San Felipe*, Madrid, Atlas, 1957, 442-443.

⁷² Carta anónima, fechada el 19 y 20 de enero de 1729. Archivo General de Palacio (Madrid), Sección histórica, Capitulaciones matrimoniales, caja 20, exp. 7.

